

---

# EL LABERINTO DE AMOR

Miguel de Cervantes

Texto basado en la edición príncipe, EL LABERINTO DE AMOR en OCHO COMEDIAS Y OCHO ENTREMESSES NUEVOS NUNCA REPRESENTADOS, COMPUESTAS POR MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA (Madrid: Viuda de Alonso Martín, 1615). Fue editado en forma electrónica por Vern G. Williamsen en 1997.

---

Personas que hablan en ella:

- ANASTASIO, duque
- Dos CIUDADANOS
- CORNELIO, criado de Anastasio
- EL DUQUE [Federico] de Novara
- [Una GUARDIA]
- Un PAJE
- Un EMBAJADOR del de Rosena
- Un Embajador del de DORLÁN
- JULIA
- PORCIA
- TÁCITO, [estudiante]
- ANDRONIO, [estudiante]
- Un CARCELERO
- DAGOBERTO, duque [de] Utrino
- MANFREDO, [el duque de Rosena]
- ROSAMIRA
- Un HUÉSPED
- Dos JUECES
- Trino, un CORREO
- UNO

---

## JORNADA PRIMERA

---

*Sal en dos CIUDADANOS de Novara, y el duque ANASTASIO,  
en hábito de Labrador*

ANASTASIO:                   Señores, ¿es verdad lo que se suena;  
que apenas treinta millas de Novara  
está Manfredo, duque de Rosena?

CIUDADANO 1:               Si esa verdad queréis saber más clara,  
aquí un embajador del duque viene,  
que bien la nueva y su llegada aclara.  
En Roso y sus jardines se entretiene,  
hasta que nuestro duque le dé aviso  
para venir al tiempo que conviene.

ANASTASIO:                   ¿Y es Manfredo galán?

[CIUDADANO] 2: Es un Narciso,  
según que sus retratos dan la muestra,  
y aun le va bien de discreción y aviso.  
ANASTASIO: ¿Y Rosamira, la duquesa vuestra,  
pone de voluntad el yugo al cuello?  
[CIUDADANO] 1: Nunca al querer del padre fue siniestra;  
cuanto más, que se vee que gana en ello,  
siendo el duque quien es.  
ANASTASIO: Así parece;  
aunque, con todo, algunos dudan dello:  
[CIUDADANO] 2: Del duque es esta guarda que se ofrece,  
y aquí el embajador vendrá, sin duda.  
[CIUDADANO] 1: Mucho le honra el duque.  
[CIUDADANO] 2: Él lo merece.

*[Sale] el DUQUE Federico de Novara y el EMBAJADOR de el de Rosena,  
con  
acompañamiento, [entre ellos una GUARDIA]*

DUQUE: Diréis también que a recrearse acuda.  
Y que en Módena o Reza se entretenga  
mientras del tiempo este rigor se muda,  
para que en este espacio se prevenga  
a su venida tal recibimiento,  
que más de amor que de grandeza tenga;  
añadiréis el singular contento  
que con sus donas recibió su esposa,  
y más de su llegada a salvamento.

EMBAJADOR: Tu condición, señor, tan generosa,  
me obliga a que me haga lenguas todo  
para decir el bien que en ti reposa;  
pero, aunque no las tenga, me acomodo  
a decir por extenso al señor mío  
de tus grandezas el no visto modo.  
[DUQUE]: Dellas no, mas de vos muy más confío.

*[Sale] DAGOBERTO, hijo del duque de Utrino*

DAGOBERTO: Si no supiera, ¡oh sabio Federico!,  
gran duque de Novara generoso,  
que sabes bien quién soy, y que me aplico  
contino al proceder más virtuoso,  
juro por lo que puedo y certifico  
que a este trance viniera temeroso;  
mas tráeme mi bondad aquí sin miedo,  
para decir lo que encubrir no puedo.  
Tu honra puesta en deshonorado trance  
está por quien guardarla más debiera,  
haciendo della peligroso alcance  
la fama, en esta parte verdadera.  
Forzosa es la ocasión, forzoso el lance;  
las riendas he soltado en la carrera:  
imposible es parar hasta que diga  
lo que una justa obligación me obliga.  
Tu hija Rosamira en lazo estrecho  
yace con quien pudiera declarallo,  
si a la grande importancia deste hecho  
tocara con la lengua publicallo.  
Impide una ocasión lo que el derecho  
pide, y así, es forzoso el ocultallo;  
basta que esto es verdad, y que me obligo  
a probar con las armas lo que digo.  
Digo que en deshonorado ayuntamiento  
se estrecha con un bajo caballero,  
sin tener a tus canas miramiento,  
ni a la ofensa de Dios, que es lo primero.

Y a probar la verdad de lo que cuento  
diez días en el campo armado espero;  
que ésta es la vía que el derecho halla;  
do no hay testigos, suple la batalla.

DUQUE: Confuso estoy; no sé qué responderte;  
considero quién eres, e imagino  
que sólo la verdad pudo traerte  
a cerrar de mis glorias el camino.  
¿Quién dará medio a extremos de tal suerte?  
Es el que acusa un príncipe de U[tr]ino;  
la acusada, mi hija; él, sabio y justo;  
ella, cortada de la honra al justo.

A que te crea tu valor me incita,  
puesto que la bondad de Rosamira  
tiene perpleja el alma, y solicita  
que no confunda a la razón la ira.  
Mas, si es que en parte la sospecha quita,  
o muestra la verdad o la mentira,  
la confesión del reo, oílla quiero,  
por ver si he de ser padre o juez severo.

EMBAJADOR: Traigan a Rosamira a mi presencia,  
que es bien que la verdad no se confunda:  
que el reo a quien le libra su inocencia,  
la avisa en gloria y en su honor redundo.  
Dame, señor, para partir licencia;  
que, aunque entiendas que el príncipe se funda  
en claro o en confuso testimonio,  
borrado ha de Manfredo el matrimonio.

Calunia tal, o falsa o verdadera,  
deshará más fundadas intenciones:  
que no es prenda la honra tan ligera  
que se deba traer en opiniones.  
Mira si mandas otra cosa.

DUQUE: Espera;  
quizá verás que sin razón te pones  
a llevar a Manfredo aquesta nueva,  
hasta que veas más fundada prueba.

GUARDIA: Tráiganme aquí a mi hija. Ya son idos  
por ella.

DAGOBERTO: ¿Poca prueba te parece  
la verdad que en mis hechos comedidos  
y en mis palabras la razón ofrece?

DUQUE: Yo he visto engaños por verdad creídos.

DAGOBERTO: El que dellos se precia bien merece  
que su verdad se tenga por mentira.

[Sal e] ROSAMIRA

GUARDIA: Ya viene mi señora Rosamira.

ROSAMIRA: ¿Qué prisa es ésta, buen señor?

DUQUE: ¿Qué pri[elsa]?

DAGOBERTO: Dirála ahora el príncipe de Utrino.  
Diréla, y sabe Dios cuánto me pesa  
el venirla a decir por tal camino.  
Yo he dicho, ¡oh, hermosísima duquesa!,  
lo que callarlo fuera desatino:  
he dicho que, con torpe ayuntamiento,  
un caballero está de ti contento;  
copia de ti le haces en secreto.  
Y esta prueba remítola a mi espada,  
que ha de ser el testigo más perfecto  
que se halle en la causa averiguada;  
y esto será cuando deste aprieto  
se admita tu disculpa mal fundada;  
mas sabes que es tan cierta ésta tu culpa,  
que no te has de atrever a dar disculpa.

DUQUE:                   ¿Qué dices, hija? ¿Cómo no respondes?  
                          ¿Empáchate el temor, o la vergüenza?  
                          Sin duda quieres, pues el rostro ascondes,  
                          que tu contrario sin testigos venza.  
                          ¡Mal a quien eres hija correspondes!  
DAGOBERTO:           Con la verdad bien es que se convenza.  
DUQUE:                 Culpada estáis, indicio es manifiesto  
                          tu lengua muda, tu inclinado gesto.  
                          ¿Quién fue el traidor que te engañó, cuitada?  
                          ¿O cuál [fue el que] la honra me ha llevado?  
                          ¿O qué estrella, en mi daño conjurada,  
                          nos ha puesto a los dos en tal estado?  
                          ¿Dó está tu condición tan recatada?  
                          ¿Adónde tu juicio reposado?  
                          ¡Mal le tuviste con el vicio a raya!  
PAJE:                  ¡Señores, mi señora se desmaya!

*Desmáyase ROSAMIRA*

DUQUE:                 Llévenla como está luego a esta torre,  
                          y en ella esté en prisión dura y molesta,  
                          hasta que alguna espada o pluma borre  
                          la mancha que en la honra lleva puesta.  
DAGOBERTO:           Porque luenga probanza aquí se ahorre,  
                          está mi mano con mi espada presta  
                          a probar lo que [he] dicho en campo abierto.  
DUQUE:                 Parece que admito ese concierto,  
                          puesto que al parecer de mi consejo  
                          tengo de remitir todo este hecho.  
DAGOBERTO:           Pues yo en mi espada y mi verdad lo dejo,  
                          y en la sana intención de mi buen pecho.  
EMBAJADOR:           Confuso voy, atónito y perplejo,  
                          entre el sí y entre el no mal satisfecho.  
                          Adiós, señor, porque este estraño caso,  
                          junto con el dolor, acucia el paso.

*Vase el EMBAJADOR*

DUQUE:                 ¡Parte con Dios, y lleva mi deshonra  
                          a los oídos de mi yerno honrados,  
                          yerno con quien pensé aumentar la honra  
                          que tan por tierra han puesto ya mis hados!  
                          Mostrado me has, Fortuna, que quien honra  
                          tus altares, en humo levantados,  
                          por premio le has de dar infamia y mengua,  
                          pues quita cien mil honras una lengua.

*[Vase] el DUQUE, y al entrarse DAGOBERTO, le detiene  
ANASTASIO*

ANASTASIO:           Oye, señor, si no es que tu grandeza  
                          no se suele inclinar a dar oídos  
                          al bajo parecer de mi rudeza  
                          y a los que amenguan rústicos vestidos.  
DAGOBERTO:           La gravedad de confirmada alteza  
                          no tiene aquesos puntos admitidos:  
                          habla cuanto te fuere de contento,  
                          que a todo te prometo estar atento.  
ANASTASIO:           Por esta acusación, que a Rosamira  
                          has puesto tan en mengua de su fama,  
                          este rústico pecho, ardiendo en ira,  
                          a su defensa me convida y llama;  
                          que, ora sea verdad, ora mentira  
                          el relatado caso que la infama,  
                          el ser ella mujer, y amor la causa,

debieran en tu lengua poner pausa.

No te azores, escúchame: o tú solo sabías este caso, o ya a noticia vino de más de alguno que notólo, o por curiosidad o por malicia. Si solo lo sabías, mal mirólo tu discreción, pues, no siendo justicia, pretende castigar secretas culpas, teniendo las de amor tantas disculpas.

Si a muchos era el caso manifiesto, dejaras que otro alguno le dijera: que no es decente a tu valor, ni honesto, tener para ofender lengua ligera. Si notas de mi arenga el presupuesto, verás que digo, o que decir quisiera, que espadas de los príncipes, cual eres, no ofenden, mas defienden las mujeres.

Si amaras al buen duque de Novara, otro camino hallaras, según creo, por donde, sin que en nada se infamara su honra, tú cumplieras tu deseo. Mas tengo para mí, y es cosa clara, por mil señales que descubro y veo, que en ese pecho tuyo alberga y lidia, más que celo y honor, rabia y envidia.

Perdóname que hablo desta suerte, si es que la verdad, señor, te enoja.

CIUDADANO 1:

Apostad que le da el príncipe muerte. ¿No veis el labrador cómo se arroja?

DAGOBERTO:

Quisiera de otro modo responderte; mas será bien que la razón recoja las riendas a la ira. Calla y vete, que más paciencia mi bondad promete.

[Vase] DAGOBERTO

[CIUDADANO] 2:

Por Dios, que habéis hablado largamente, y que, notando bien vuestro lenguaje, es tanto del vestido diferente, que uno muestra la lengua y otro el traje.

ANASTASIO:

A veces un enojo hace elocuente al de más torpe ingenio: que el coraje levanta los espíritus caídos y aun hace a los cobardes atrevidos.

En fin, ¿éste es el príncipe de Utrino, digo, el hijo heredero del Estado? Él es.

CIUDADANO 1:

ANASTASIO:

Pues, ¿cómo aquí a Novara vino?

[CIUDADANO] 2:

Dicen que del amor blando forzado.

ANASTASIO:

¿Y a quién daba su alma?

[CIUDADANO] 2:

Yo imagino, si no es que el vulgo en esto se ha engañado, que Rosamira le tenía rendido; pero ya lo contrario ha parecido.

ANASTASIO:

Si eso dijo la fama, cosa es clara, y no van mal fundados mis recelos, visto que en su deshonor no repara, que esta su acusación nace de celos. ¡Oh infernal calentura, que a la cara sale, y aun a la boca! ¡Oh santos cielos! ¡Oh amor! ¡Oh confusión jamás oída! ¡Oh vida muerta! ¡Oh libertad rendida!

[Vase] ANASTASIO

[CIUDADANO] 1:

So aquel sayal hay al, sin duda alguna:

[CIUDADANO] 2: o yo sé poco, o no sois vos villano.  
Mudan los trajes trances de fortuna,  
y encubren lo que está más claro y llano.  
No sé yo si debajo de la luna  
se ha visto lo que hemos visto. ¡Oh mundo insano,  
cómo tus glorias son perecederas,  
pues vendes burlas, pregonando veras!

[Vanse]. *Salen JULIA y PORCIA en hábito de pastorcillos,  
con pellicos*

JULIA: Porcia amiga...

PORCIA: ¡Bueno es eso!

Rutilio me has de llamar,  
si es que quieres excusar  
un desastrado suceso.

JULIA: Yo no sé cómo te olvidas  
de nuestros nombres trocados.  
Suspéndenme los cuidados  
de nuestras trocadas vidas;  
y no es bien que así te asombre  
ver mi memoria perdida:  
que, quien de su ser se olvida,  
no es mucho olvide su nombre.

Rutilio amigo, ¡ay de mí!,  
que arrepentida me veo,  
muerta a manos de un deseo  
a quien yo la vida di.  
Mientras más, Rutil[ilo], voy  
considerando lo hecho,  
más temor nace en mi pecho,  
más arrepentida estoy.

PORCIA: Eso, amigo, es lo peor  
que yo veo en tus dolores:  
que adonde sobran temores,  
hay siempre falta de amor.  
Si el amor en ti se enfría,  
cuesta se te hará la palma,  
grave tormenta la calma,  
noche obscura el claro día.

Ama más, y verás luego  
esparcirse los nublados,  
todos tus males trocados  
en dulce paz y sosiego.

Pero, quieras o no quieras,  
ya estás puesta en la batalla,  
y tienes de atropellalla,  
sea de burlas, sea de veras.

Ya en el ciego laberinto  
te metió el amor crüel;  
ya no puedes salir dél  
por industria ni distinto.

El hilo de la razón  
no hace al caso que prevengas;  
todo el toque está en que tengas  
un gallardo corazón,

no para entrar en peleas,  
que en ellas no es bien te pongas,  
sino con que te dispongas  
a alcanzar lo que desees,

cuéstete lo que costare:  
que si tu deseo alcanzas,  
no hay cumplidas esperanzas  
en quien el gusto repare.

Muestra ser varón en todo,  
no te descuides acaso,  
algo más alarga el paso,

y huella de aqueste modo;  
a la voz da más aliento,  
no salga tan delicada;  
no estés encogida en nada,  
espárcete en tu contento;  
y, si fuere menester  
disparar un arcabuz,  
¡juro a Dios y a ésta que es cruz,  
que lo tenéis de hacer!

JULIA: ¡Jesús! ¿Quieres que me asombre,

Rutilio, en verte jurar?

PORCIA: ¿Con qué podré yo mostrar  
más fácilmente ser hombre?

Un voto de cuando en cuando,  
es gran cosa, por mi fe.

JULIA: Yo, amiga, jurar no sé.

PORCIA: Iráte el tiempo enseñando.

JULIA: ¿Sabes, Porcia, lo que temo?

¡Ay, que el nombre se me olvida!

PORCIA: ¡Juro a Dios que estás perdida!

JULIA: Ya aqueso pasa de extremo.

No jures más; si no, a fe,  
que te deje y que me vaya.

PORCIA: Tanto melindre mal haya.

JULIA: Pues, ¿por qué?

PORCIA: Yo me lo sé.

JULIA: En cólera me deshago  
en verte jurar por Dios.

PORCIA: Pues también soy como vos

medrosa, y a todo hago;

y no os llevo tantos años,

que ellos puedan enseñarme

la experiencia de librarme

de no conocidos daños.

Avisad y tened brío;

y, pues ya estamos en esto,

echad del ánimo el resto,

que yo estaré con el mío.

JULIA: Porcia amiga, ello es así.

¡Ay, que el nombre se olvidó!

PORCIA: ¡Mal haya quien me parió!

Di Rutilio, ¡pesia a mí!

JULIA: No te enojés, que yo juro

de no olvidarme jamás.

PORCIA: Cuando jures, jura más

y estarás muy más seguro.

JULIA: Témmome destos pellicos

que nos han de descubrir.

PORCIA: Yo lo he querido decir:

que es malo que sean tan ricos.

JULIA: No va en esto, sino en ser

conocidos.

PORCIA: Pues ¿en qué?

JULIA: ¿No ves que yo los mandé

de aqueste modo hacer

para la farsa o comedia

que querían mis doncellas

hacer?

PORCIA: Haráse sin ellas;

mas quizá será tragedia.

JULIA: Y no los echaron menos

cuando nosotras faltamos.

Por esto en peligro estamos,

y no por ser ellos buenos.

PORCIA: Como a Módena lleguemos,

mudaremos este traje.

JULIA: Yo me vestiré de paje.

PORCIA: Entrambos nos vestiremos.

JULIA: Témoste que está en Novara  
mi hermano.

PORCIA: ¡Pluguiese al cielo!

JULIA: Pues a fe que lo recelo;  
mas, sin duda, es cosa clara  
que él de Rosamira está  
en extremo enamorado  
y sírvela disfrazado.

PORCIA: Eso importa poco ya;  
que, en llegando el de Rosena,  
Celia se casa con él.  
Podrá tu hermano fiel  
morir, o dejar su pena.

JULIA: ¡Qué corta es nuestra ventura!  
Tú enamorada de quien  
tiene a otra por su bien;  
yo, de quien mi mal procura,  
de quien se casa mañana.  
Y la fortuna molesta  
nos l[ll]eva a morir la fiesta  
de nuestra muerte temprana.  
¡Qué de imposibles se oponen  
a nuestros buenos deseos!  
¡Qué miedos, qué devaneos  
nuestra intención descomponen!  
¡Ay Rutilio, y cuán en vano  
ha de ser nuestra venida!

PORCIA: Mientras esté con la vida,  
pienso que en ventura gano.  
Confía y no desesperes,  
que puesto en plática está  
que el diablo no acabará  
lo que no acaban mujeres.

[JULIA]: Escucha, que gente suena;  
cazadores son; escucha:  
gente viene, y gente mucha.

PORCIA: No te dé ninguna pena;  
saludarlos y pasar,  
sin ponernos en razones.

[Sal en] dos CAZADORES

CAZADOR 1: ¿Tomó dos esmerejones?

CAZADOR 2: Sí.

[CAZADOR] 1: No hay más que desear.  
¿Y el duque, quédase atrás?

[CAZADOR] 2: No; que veisle aquí a do viene.

[CAZADOR] 1: Mucho en Rezo se detiene.

[CAZADOR] 2: Sabed que no puede más.  
Y hoy vendrá su embajador,  
y sabrá lo que ha de hacer.

PORCIA: Camilo, aquí es menester  
ingenio, esfuerzo y valor,  
que el de Rosena es aquél  
que allí viene, según creo.

JULIA: ¡Amor, ayuda al deseo,  
pues que me pusiste en él!

Sal e [MANFREDO], el Duque de Rosena, de caza

MANFREDO: ¿La garza no parece?

[CAZADOR] 1: Ayer se descubrió en esta laguna  
que a la vista se ofrece.

MANFREDO: Pues un pastor me ha dicho que ninguna  
se ha visto en estos llanos.

[CAZADOR] 2: Pues de dos me dijeron dos villanos.



MANFREDO: Dése a Rezo la vuelta;  
que, aunque no es tarde, va creciendo el viento,  
y aquella nube suelta  
señala injuria de turbión violento.  
¡Oh, qué bellos zagales!  
Mancebos, ¿sois de Rezo naturales?

JULIA: En Pavía nacimos.

MANFREDO: Pues, ¿dónde vais agora?

JULIA: Hacia Novara,  
no más de porque oímos  
que el duque Federico allí prepara  
una fiesta que admira,  
porque casa a su hija Rosamira  
con un señor llamado  
Manfredo, que es gran duque de Rosena.

MANFREDO: Verdad os han contado.

PORCIA: Pues a la fama que será tan buena  
la fiesta y boda vamos,  
y a nuestro padre en cólera dejamos.

MANFREDO: ¿Y adónde queda el ganado?

PORCIA: Imagino que perdido.

MANFREDO: ¡Mucho atrevimiento ha sido!

JULIA: A más obliga un cuidado.

MANFREDO: ¿Úsanse aquestos pellicos  
ahora entre los pastores?

PORCIA: También muestran sus primores  
los villanos, si son ricos.

MANFREDO: ¿Y lleváis bien que gastar?

JULIA: Un tesoro de paciencia.

MANFREDO: ¿Encargaréis la conciencia  
si le acabáis de acabar?

PORCIA: Tal puede ser el suceso  
que se acabe el sufrimiento.

MANFREDO: ¡Por Dios, que me dais contento!

JULIA: Ya nos viéramos en eso.

MANFREDO: ¿Cómo os llamáis?

JULIA: Yo, Camilo.

PORCIA: Y yo, Rutilio.

MANFREDO: En verdad  
que parecen de ciudad  
vuestros nombres y el estilo,  
y que en ellos, y aun en él,  
poco es, mentís villanía.

PORCIA: Como hay estudio en Pavía,  
algo se nos pega dél.

JULIA: Díganos, señor: ¿qué millas  
desde aquí a Novara habrá?

MANFREDO: Treinta a lo más que creo está.

CAZADOR 2: Y dos más; son angostillas.

MANFREDO: Conmigo os iréis, si os place,  
que yo ese camino hago.

JULIA: Yo, por mí, me satisfago.

PORCIA: Pues a mí no me desplace.  
Pero advierta que los dos  
vamos poco a poco a pie.

MANFREDO: Bien está: que yo os daré  
en que vais.

PORCIA: Págueloslo Dios;  
que bien parecéis honrado,  
noble y rico y principal.

[CAZADOR] 1: Y aun vosotros, de caudal  
mayor del que habéis mostrado;  
si no, dígalo el lenguaje,  
y el uno y otro pellico.

[CAZADOR] 2: Es en Pavía muy rico  
casi todo el villanaje,  
y éstos hijos deben ser  
de algún rico ganadero.

MANFREDO: A Rezo volverme quiero;  
bien os podéis recoger.

*[Sale] UNO*

UNO: Tu embajador ha llegado.

MANFREDO: ¿Mompesir?

UNO: Sí, mi señor.

MANFREDO: Esperadme, por mi amor,  
que luego vuelvo.

PORCIA: Haz tu grado.

*[Vanse] todos, si no es PORCIA y JULIA, que quedan*

JULIA: Rutilio, ¿qué te parece?

PORCIA: Camilo amigo, que estás  
en punto donde verás  
que es bueno el que se te ofrece.

La Fortuna te ha traído  
a poder del duque; advierte  
que un principio de tal suerte  
un buen fin tiene escondido.

JULIA: ¿Parécete que le diga  
quién soy por un modo honesto?

PORCIA: No te descubras tan presto.

JULIA: Pues, ¿cómo quies que prosiga?

PORCIA: El tiempo vendrá a avisarte  
de aquello que has de hacer.

JULIA: Mi mal no puede tener  
en parte del tiempo parte.

Si no estará el duque apenas  
tres días sin que se case,  
¿cómo dejaré que pase  
el tiempo, como me ordenas?

PORCIA: Un caso tan grave y tal,  
con prisa mal se resuelve.  
Silencio, que el duque vuelve;  
el semblante trae mortal.

*Vuelve a [salir] el duque [MANFREDO] y el EMBAJADOR que entró  
primero, y los dos CAZADORES*

EMBAJADOR: Digo, señor, que el príncipe de Utrino,  
Dagoberto, heredero del estado,  
en mi presencia y la del duque vino,  
y allí propuso lo que te he contado.  
No con la triste nueva perdió el tino  
el padre; padre no, mas recatado  
jüez, pues, como tal, mandó traella,  
y el príncipe afirmó su culpa ante ella.

Rosamira la oyó, y en su defensa  
mover no pudo, o nunca quiso, el labio;  
por esto el duque que es culpada piensa,  
pues no responde a tan notable agravio.  
El caso ponderó, y al fin dispensa,  
en todo procediendo como sabio,  
que, mientras se ve el caso, la duquesa  
en una torre esté encerrada y presa.

Dagoberto se ofrece con su espada  
a probar en el campo lo que dice.  
Yo, viendo a Rosamira así acusada,  
tus bodas al instante las deshice.  
Esto resulta, en fin, de mi embajada;  
mira, señor, si bien o si mal hice:  
que el duque, ya rendido a su fortuna,

no quiso responderte cosa alguna.

MANFREDO:                    ¡Válame Dios, qué miserable caso!  
                                  ¿Dónde fabricas, mundo, estos vaivenes?  
                                  ¿Daslos con luenga prevención, o acaso?  
                                  ¿O por qué antes de dallos no previenes?

CAZADOR 1:                    Señor, con largo y con ligero paso,  
                                  cubierto de las plantas a las sienas  
                                  de luto, un caballero veo que asoma  
                                  por el verde recuesto desta loma.

MANFREDO:                    Y aun me parece que hacia aquí endereza  
                                  la rienda, y del caballo ya se apea.  
                                  ¡Qué bien con la color de mi tristeza  
                                  viene el que trae aquíeste por librea!  
                                  ¿Quién podrá ser?

[CAZADOR] 2:                    La espada se adereza.  
                                  .....[-ea]

EMBAJADOR  
MANFREDO:                    Descolorido llega.  
                                  Y mal criado.

*[Sale] un embajador del duque de DORLÁN, vestido de luto*

DORLÁN:                    ¡Gracias a Dios, Manfredo, que [te] he hallado!  
                                  Quien viene a lo que yo, Manfredo, vengo,  
                                  no le conviene usar de más crianza:  
                                  que sólo en las razones me prevengo  
                                  que estarán en la lengua o en la lanza.  
                                  La antigua ley de embajador mantengo:  
                                  escúchame, y responde sin tardanza,  
                                  que a ti el gran duque de Dorlán me envía  
                                  y a guerra a sangre y fuego desafía.  
                                  Dice, y esto es verdad, que habiendo dado  
                                  a tu corte en la suya alojamiento,  
                                  y habiéndote en su casa agasajado,  
                                  viniendo a efeturar tu casamiento,  
                                  como el troyano huésped, olvidado  
                                  del hospedaje, con lascivo intento  
                                  su hija le robaste y su sobrina:  
                                  traición no de tu fama y nombre digna.  
                                  Por esto, si a su intento no te ajustas,  
                                  y a la ley no respondes de hidalguía,  
                                  de poder a poder, o, si más gustas,  
                                  de persona a persona, desafía.

PORCIA:                    Nuestras [s]andeces causan estas justas.  
                                  ¿Haslo notado bien? Di, Julia mía.

JULIA:                    Calla, y entre estos árboles te esconde;  
                                  veremos lo que el duque le responde.

DORLÁN:                    Y tanto a la venganza está dispuesto  
                                  de aqueste agravio y malicioso hecho,  
                                  que deste paño de color funesto  
                                  que se vista su gente toda ha hecho,  
                                  en tanto, o ya sea tarde, o ya sea presto,  
                                  que, a desprecio y pesar de tu despecho,  
                                  castiga la insolencia deste ultraje,  
                                  transgresor de la ley del hospedaje.  
                                  Éste es el fin de mi embajada; mira  
                                  si quieres responderme alguna cosa.

MANFREDO:                    Reprima mi inocencia en mí la ira  
                                  que alborota tu lengua licenciosa;  
                                  yo no sé qué responda a esa mentira;  
                                  sólo sé que Fortuna, mentirosa,  
                                  debe o quiere probar con su insolencia  
                                  los quilates que tiene mi paciencia.  
                                  Diréisle al duque que ante él mismo apelo  
                                  de aquesta acusación vana que ha hecho,  
                                  porque, por la Deidad que rige el cielo,  
                                  que jamás tal traición cupo en mi pecho.

Leal pisé de su palacio el suelo,  
leal salí, guardando aquel derecho  
que al hospedaje amigo se debía  
y a la ley que profeso de hidalguía.

Ni vi a su hija, ni jamás la he visto,  
ni la intención de mi camino era  
hacerme con mis huéspedes malquisto,  
aunque el lascivo gusto lo pidiera;  
que entonces con mayor fuerza resisto,  
cuando la torpe inclinación ligera  
con más regalo acude al pensamiento,  
estando al ser quien soy continuo atento.

Ni acepto el desafío, ni desecho;  
sólo lo que pretendo es dilatallo  
hasta que el duque esté más satisfecho  
y la misma verdad venga a estorballo.  
Y cuando esto no fuese de provecho,  
y el engaño p[er]osiga en engañallo,  
para entonces acepto el desafío,  
ajustando a su gusto el gusto mío.

Esto doy por respuesta y no otra cosa;  
mirad si a Rejo queréis ir conmigo.  
Dorlán Es el camino largo, y presurosa  
la gana de volver al suelo amigo.  
¡A Dios quedad!

*[Vase el emabajador del de DORLÁN]*

MANFREDO: Fortuna rigurosa,  
¿qué es esto? ¿Quién soy yo, o qué pasos sigo  
tan malos, que se extrema así tu furia  
en hacerme una injuria y otra injuria?  
¡Infamada mi esposa, y yo infamado,  
y por lo menos de traición! ¿Qué es esto?  
¿En tan triste sazón me tiene puesto!

EMBAJADOR: Señor, si en nada desto estás culpado,  
no es bien que te congoje nada desto:  
tu esposa aún no era tuya: estotra culpa  
en tu pura verdad tiene disculpa.

MANFREDO: No me aconsejes ni me des consuelo,  
y a Rosena mi gente luego vuelva;  
que este rigor con que me trata el Cielo  
quiere que en éste sólo me resuelva.

EMBAJADOR: Aunque con vengativo, airado celo,  
su fuerza el hado contra ti resuelva,  
yo no le he de dejar.

MANFREDO: Escucha un poco:  
quizá dirás de veras que estoy loco.

PORCIA: ¿Qué hemos de hacer, Camilo?

JULIA: ¿No está claro?  
Seguir del duque las pisadas todas.

PORCIA: ¿Con qué ocasión?

JULIA: En eso no reparo.

PORCIA: ¿No ves que se han deshecho ya las bodas?

JULIA: Ventura ha sido mía.

MANFREDO: No me aclaro  
más por agora.

EMBAJADOR: En fin, ¿que te acomodas  
a ir desa manera?

MANFREDO: Ten a punto  
los vestidos que digo.

EMBAJADOR: Harélo al punto.

[MANFREDO]: Y no quede ninguno de los míos.  
Y en esto no me hagas más instancia,  
que la mudable rueda en desvaríos  
tiene encerrada a veces la ganancia.

Y estos dos pastorcillos, que en sus bríos  
muestran más sencillez que no arrogancia,  
si dello gustan, quedarán conmigo.

PORCIA:

¿Entendístele?

JULIA:

¡Y cómo, oh cielo amigo!

Señor, si es que la ida de Novara,  
según que hemos oído, se te impide,  
volver queremos a la patria clara,  
si otra cosa tu gusto no nos pide.

MANFREDO:

Puesto que la fortuna y suerte avara  
su querer con el mío jamás mide,  
por esta vez entiendo que me ha dado  
en los dos lo que pide mi cuidado.

Quedaos conmigo, que a Novara iremos,  
donde, puesto que fiestas no veamos,  
quizá cosas más raras hallaremos,  
con que el sentido y vista entretengamos.

PORCIA:

Por tuyos desde aquí nos ofrecemos:  
que bien se nos trasluce que ganamos  
en servirte, señor, cuanto es posible.

MANFREDO:

Haz lo que he dicho.

EMBAJADOR:

¡Oh, caso no creíble!

*[Vanse] todos, y sale[n] ANASTASIO y CORNELIO, su  
criado*

ANASTASIO:

Poco me alegra el campo ni las flores.

CORNELIO:

Ni a mí tus sinsabores me contentan;  
porque es cierto que afrentan los amores  
que en tan bajos primores se sustentan,  
y en mil partes nos cuentan mil autores  
cien mil varios dolores que atormentan  
al miserable amante no entendido,  
poco premiado y menos conocido.

ANASTASIO:

Ya te he dicho, Cornelio, que te dejes  
de darme esos consejos escusados,  
y nunca a los amantes aconsejes  
cuando tienen por gloria sus cuidados:  
que es como quien predica a los herejes,  
en sus vanos errores obstinados.

CORNELIO:

Muy bien te has comparado. Advierte y mira  
que ya no es Rosamira Rosamira:

las trenzas de oro y la espaciosa frente,  
las cejas y sus arcos celestiales,  
el uno y otro sol resplandeciente,  
las hileras de perlas orientales,  
la bella aurora que del nuevo oriente  
sale de las mejillas, los corales  
de los hermosos labios, todo es feo,  
si a quien lo tiene infama infame empleo.

La buena fama es parte de belleza,  
y la virtud, perfecta hermosura;  
que, a do suele faltar naturaleza,  
suple con gran ventaja la cordura;  
y, entre personas de subida alteza,  
amor hermoso a secas es locura.  
En fin, quiero decir que no es hermosa,  
siéndolo, la mujer no virtuosa.

Rosamira, en prisión; la causa, infame;  
tú, disfrazado y muerto por librilla,  
ignoras la verdad; ¿y quiés que llame  
justa la pretensión desta batalla?

ANASTASIO:

Tu sangre harás, Cornelio, que derrame,  
pues procuras la mía así alteralla  
con tus razones vanas y estudiadas,  
y entre libres discursos fabricadas.

CORNELIO: Vete; déjame y calla; si no, ¡juro...!  
Yo callaré; no jures, sino advierte  
que gente viene alrededor del muro,  
y temo, al fin, que habrán de acometerte.  
ANASTASIO: Desto puedes estar muy bien seguro,  
que en la ciudad he estado desta suerte  
seis días hace hoy, y estaré ciento:  
que salió este disfraz a mi contento.

[Salen] TÁCITO y ANDRONIO, estudi antes  
capi gorri stas

ANDRONIO: Deja los libros, Tácito;  
digo, deja el tomar de coro agora,  
y, a nuestro beneplácito,  
gozando el fresco de la fresca aurora,  
por aquí nos andemos.  
TÁCITO: ¡Por Dios, que es buen encuentro el que tenemos!  
Villano es el morlaco.  
¿Quieres que le tentemos las corazas,  
y veremos si es maco?  
ANDRONIO: Siempre en las burlas, Tácito, que trazas,  
salimos mal medrados.  
Talle tienen los mozos de avisados.  
TÁCITO: Por esta vez, probemos:  
que si el pacho consiente bernardinas,  
el tiempo entretendremos.  
ANDRONIO: ¡Con qué facilidad te determinas  
a hacer bellaquerías!  
CORNELIO: Hacia nosotros vienen.  
TÁCITO: No te rías.  
Díganos, gentilhombre,  
así la diosa de la verecundia  
reciproque su nombre,  
y el blanco pecho de tremante enjundia  
soborne en conformino:  
¿adónde va, si sabe, este camino?  
ANASTASIO: Mancebo, soy de lejos,  
y no sé responder a esa pregunta.  
TÁCITO: Dígame: ¿son reflejos  
los marcurcios que asoman por la punta  
de aquel monte, compadre?  
CORNELIO: ¡Bellaco sois, por vida de mi madre!  
¿Bernardinas a horma?  
Yo apostaré que el duque no le entiende.  
ANASTASIO: Habláisme de tal suerte,  
que no sé responderos.  
TÁCITO: Pues atienda,  
gam[il]civo, y está atento.  
CORNELIO: ¡Qué donaire y qué gracioso acento!  
TÁCITO: Digo que ¿si mi paso  
tiendo por los barrancos deste llano,  
si podrá hacer al caso?  
ANASTASIO: Digo que no os entiendo, amigo hermano.  
TÁCITO: Pues bien claro se aclara,  
que es clara, si no es turbia, el agua clara.  
Quiero decir que el tronto,  
por do su curso lleva al horizonte,  
está a caballo, y prompto  
a propagar la cima de aquel monte.  
ANASTASIO: ¡Ya, ya; ya estoy en ello!  
TÁCITO: Pues, ¿qué quiero decir, gozmio, camello?  
ANASTASIO: Que son bellacos grandes  
los mancebitos de primer tonsura.  
TÁCITO: Tontón, no te desmandes,  
que llevarás del sueño la soltura.

CORNELIO: Mi señor estudiante,  
mire no haga que le asiente el guante.  
ANASTASIO: Confieso que al principio  
yo no entendí la flor de los mancebos.  
ANDRONIO: Arena, cal y ripio  
trago, mi señorazo papahuevos.  
CORNELIO: Su flor se ha descubierto.  
TÁCITO: Pues zarpo déste y voyme a mejor puerto.  
CORNELIO: No se vayan, que asoman  
otros dos de su traza y compostura,  
y este camino toman.  
También son éstos de primer tonsura,  
y, a lo que yo imagino,  
de aquí no son, y vienen de camino.

*Entran JULIA y PORCIA, como estudi antes de cami no*

PORCIA: Querría que no errásemos  
en lo que el duque nos mandó, Camilo,  
y es que aquí le esperásemos.  
JULIA: ¿Entendístelo bien?  
PORCIA: Bien entendílo.  
ANDRONIO: Argumentando vienen.  
Lleguémonos, si acaso se detienen,  
y déjennos con ellos;  
gustarán de la burla.  
CORNELIO: Que nos place.  
ANASTASIO: Yo no estoy para vellos:  
que mal la alegre burla satisface  
al alma que no alcanza  
a ver, si no es burlada, su esperanza.

*[Vanse] ANASTASIO y CORNELIO*

JULIA: En esta tierra asiste,  
en disfrazado traje, aquel mi hermano  
a quien tú adoras triste.  
Si me encuentra y conoce...  
PORCIA: Es temor vano;  
que en tal traje nos vemos,  
que a la misma verdad engañaremos.  
A mí una vez me ha visto,  
y ésa de noche.  
JULIA: A mí, casi ninguna.  
Mal al temor resisto;  
estudiantes son éstos.  
TÁCITO: La fortuna  
mi atrevimiento ayude;  
si en trabajo me viere, Andronio, acude.  
¿Son estudiantes, señores?  
PORCIA: Sí, señor, y forasteros.  
TÁCITO: ¿Pacacios, o caballeros?  
JULIA: No somos de los peores.  
TÁCITO: ¿Y qué han oído?  
PORCIA: Desgracias.  
JULIA: Y en ellas somos maestros.  
ANDRONIO: Por mi vida, que son diestros  
y que saben decir gracias.  
Pues háganme este latín,  
ansí Dios les dé salud:  
"Yo soy falto de virtud,  
tan bellaco como ruin".  
PORCIA: No venimos dese espacio.  
ANDRONIO: No se deben de excusar,  
si es que nos quieren mostrar

que son hombres de palacio.  
 JULIA: Ni aun de nada somos hombres.  
 ANDRONIO: Pues, ya que se escusan desto,  
 díganos, y luego, y presto  
 de dónde son, y sus nombres,  
 qué estudian, la edad que tienen,  
 si es rico o pobre su padre,  
 la estatura de su madre,  
 dónde van y de a dó vienen.  
 ¡Turbados están! ¡Apriesa,  
 respondan, que tardan mucho!  
 PORCIA: Con gran paciencia te escucho,  
 mancebito de traviesa.  
 Váyase y déjenos ir,  
 y serále muy más sano.  
 ANDRONIO: ¡Jesús, qué mal cortesano!  
 ¿Tal se ha dejado decir?  
 JULIA: Es tarde, y hay que hacer,  
 y servimos, y tardamos.  
 TÁCITO: Ténganse, que aquí cobramos  
 la alcabala del saber;  
 porque cuando el sacrilegio  
 a Mahoma se entregó,  
 esta autoridad nos dio  
 nuestro famoso colegio.  
 ¡Miren si voy arguyendo  
 con razones circunflejas!  
 PORCIA: Atruénasme las orejas,  
 mancebito, y no te entiendo.  
 TÁCITO: Andronio.  
 ANDRONIO: Ya estoy al cabo.

*Pónese ANDRONIO detrás de JULIA para hacerla caer; pero no  
 la ha de derribar*

TÁCITO: Volviendo a nuestro comienzo,  
 el asado San Lorenzo,  
 cuyas virtudes alabo,  
 en sus Cuntiloquios dice...  
 JULIA: ¡Ésta es gran bellaquería,  
 y juro por vida mía...!  
 TÁCITO: Y dirán que yo lo hice.  
 JULIA: Pero aquí viene nuestro amo,  
 y mala ventura os mando.  
 TÁCITO: *Signori, me recomendo,  
 y a la corona me llamo.  
 Y a revederci al tra vol ta,  
 dove fini temo el resto,  
 or non piu, [e]vi sogna presto  
 fugiré de qui si ascol ta.*

*[Vanse] TÁCITO y ANDRONIO. Entra MANFREDO, como estudiante,  
 de camino*

MANFREDO: Rutilio y Camilo, pues,  
 ¿he, por ventura, tardado?  
 PORCIA: Más de un hora hemos estado  
 esperando, como ves;  
 y aun nos han dado mal rato  
 dos bonitos estudiantes,  
 que tienen más de chocantes,  
 que no de letras su trato.  
 Pero. ¿en qué te has detenido  
 tanto tiempo?  
 MANFREDO: Fui escuchando  
 dos que iban razonando



deste caso sucedido.  
Y apostaré que estos dos  
que vienen tratan también  
deste hecho. Escucha bien  
si acierto, así os guarde Dios.  
JULIA:                   ¿De qué sirve el escuchar,  
pues podemos preguntallo?

*[Salen] Los dos CIUDADANOS que entraron al principio*

CIUDADANO 1:       Por mil conjeturas hallo  
que ella habrá de peligrar.  
[CIUDADANO] 2:       En fin: que no se disculpa.  
[CIUDADANO] 1:       ¡Ésa es una cosa extraña!  
[CIUDADANO] 2:       El pensamiento me engaña,  
o ella no tiene culpa.  
MANFREDO:           Mis señores, ¿qué se suena  
del caso de la duquesa?  
[CIUDADANO] 1:       Que se está todavía presa,  
y el silencio la condena.  
MANFREDO:           ¿Quién la acusa?  
[CIUDADANO] 2:   Dagoberto.  
MANFREDO:           ¿Da testigos?  
[CIUDADANO] 2:   Ni aun indicio.  
MANFREDO:           Cierto que no es ése oficio  
de caballero.  
[CIUDADANO] 1:       No, cierto.  
MANFREDO:           ¿Y su padre?  
[CIUDADANO] 1:   ¿Qué ha de hacer?  
Sólo ha hecho pregonar  
que a quien la acierte a librar  
se la dará por mujer,  
como sea caballero  
el que se oponga a la empresa.  
¿Y que calla la duquesa?  
[CIUDADANO] 2:       Como si fuese un madero.  
MANFREDO:           ¿Y del duque que se suena  
que había de ser su esposo?  
[CIUDADANO] 1:       Que, en sabiendo el caso astroso,  
dio la vuelta hacia Rosena.  
Y aun otras nuevas nos dan,  
ni sé si es verdad o no:  
que, estando en Dorlán, sacó  
una hija al de Dorlán,  
y también a una parienta,  
del mismo duque sobrina,  
y que el duque determina  
vengarse de aquesta afrenta.  
Y que se tiene por cierto  
que la sacó el de Rosena.  
[CIUDADANO] 2:       Hasta agora, así se suena;  
ni sé si es cierto o incierto.  
MANFREDO:           Y, si como eso es mentira,  
como me doy a entender,  
podrá ser que venga a ser  
bien mismo de Rosamira:  
que sé que el duque es muy bueno,  
y que traición ni ruindad,  
si no es razón y bondad,  
jamás albergó en su seno.  
[CIUDADANO] 1:       ¿Sois acaso milanés?  
Porque de sello dais muestra.  
MANFREDO:           Aunque la lengua lo muestra,  
no soy sino boloniés;  
mas he estudiado en Pavía,  
y algo la lengu[a] he tomado.  
[CIUDADANO] 2:       ¿Y qué es lo que se ha estudiado?

MANFREDO: Humanidad.  
 [CIUDADANO] 1: Sí haría:  
                   que todos los de su edad  
                   eso es lo que estudian más.  
 MANFREDO: Sin estudiarla, jamás  
                   se aprende esta facultad.  
 [CIUDADANO] 1: ¿Y a qué venís a Novara?  
 MANFREDO: A ver la boda venía.  
 [CIUDADANO] 2: No quiso en tanta alegría  
                   ponernos la suerte avara;  
                   y en lugar della, podréis  
                   ver, si gustáis, la batalla.  
 MANFREDO: Si no hay quien salga a tomalla.  
 [CIUDADANO] 1: Poco tiempo os detendréis:  
                   que no quedan más de seis  
                   días para el plazo puesto.  
 MANFREDO: De quedarme estoy dispuesto.  
 [CIUDADANO] 1: Sin duda, lo acertaréis.  
                   Y ¡adiós!  
 MANFREDO: Con Él vais los dos.  
 [CIUDADANO] 2: ¿Luego aquí os queréis quedar?  
 MANFREDO: Sí; porque aquí he de aguardar  
                   a un amigo.  
 [CIUDADANO] 2: Pues, ¡adiós!  
 MANFREDO: Yo no sé en qué se confía  
                   mi dudosa voluntad,  
                   y, si no es curiosidad,  
                   ¿qué locura es ésta mía?  
                   Creo que [a] darme deshonra,  
                   ingrato amor, te dispones,  
                   pues cuando está en opiniones  
                   la honra, no hay tener honra.

*[Vanse] JULIA, PORCIA y MANFREDO. Sale el DUQUE Federico y el CARCELERO que tiene a la duquesa ROSAMIRA*

DUQUE: ¿Cómo está la duquesa?  
 CARCELERO: Negro luto  
                   cubre su faz, y, sola en su aposento,  
                   al suelo da de lágrimas tributo  
                   con doloroso, amargo sentimiento.  
 DUQUE: ¡Oh bien hermoso y mal nacido fruto,  
                   marchito en la sazón de más contento,  
                   y cómo al mejor tiempo me has burlado,  
                   quedando en mis designios defraudado!  
                   ¿Y que no se disculpa?  
 CARCELERO: Ni por pienso.  
 DUQUE: ¿De quién se queja?  
 CARCELERO: De su corta suerte.  
 [DUQUE]: En breve tiempo de su vida el censo  
                   dará a una infame, inevitable muerte.  
 CARCELERO: ¿Sabes, señor, lo que imagino y pienso?  
 DUQUE: ¿Qué piensas o imaginas?  
 CARCELERO: Que es muy fuerte  
                   de creer que el de Utrino verdad diga.  
 DUQUE: A que lo crea su bondad me obliga,  
                   y el ver que Rosamira, en su disculpa,  
                   el labio no ha movido ni le mueve;  
                   y es muy cierta señal de tener culpa  
                   el que a volver por sí nunca se atreve.  
                   La culpa es grave; grave el que la culpa;  
                   el plazo a la batalla, corto y breve;  
                   defensor no se ofrece: indicio claro  
                   que a su desdicha no ha de hallar reparo.  
 CARCELERO: ¿Si quisiere, por dicha, dar descargo  
                   con otro, pues no quiere en tu presencia,  
                   quizá turbada del infame cargo,

dejarla he visitar?

DUQUE:

Con mi licencia.

CARCELERO:

Puesto que el bien guardalla está a mi cargo,  
no está a mi cargo usar desta inclemencia:  
que, a fe, si su remedio se hallase,  
que muy poco tus órdenes guardase.

FIN DE LA PRIMERA JORNADA

---

---

# JORNADA SEGUNDA

---

[Salen] CORNELIO y ANASTASIO

CORNELIO: Volviendo a lo comenzado,  
señor, ¿qué piensas hacer?  
ANASTASIO: Lo que procuro es saber  
si el príncipe se ha engañado,  
o qué causa le ha movido  
a acusar a Rosamira:  
si fueron celos, o ira,  
ser llamado, y no escogido;  
y, cuando desta querella  
no sepa verdad jamás,  
por gentileza no más  
me dispongo a defendella.

CORNELIO: Propongo que Dagoberto  
es vencido en la batalla,  
y que ella libre se halla  
de la tormenta en el puerto:  
¿tendrás por cosa notoria  
el poder asegurarte  
que la razón vino a darte,  
y no fuerza, la vitoria?  
Porque de Dios los secretos  
son tan incomprendibles,  
que a veces vemos visibles,  
de bienes, malos efectos.

ANASTASIO: Ya entiendo tus argumentos,  
y con ellos me das pena.  
Haga el Cielo lo que ordena;  
yo honraré mis pensamientos.

[Salen] JULIA y PORCIA

CORNELIO: Los estudiantes son estos  
de quien los otros burlaron.  
ANASTASIO: Sus burlas, ¿en qué pararon?  
CORNELIO: Eran algo descompuestos.

Forastero me parece  
en cierto modo su traje;  
eso veré en su lenguaje,  
si el hablallos se me ofrece.

PORCIA: Camilo, no te descuides  
en mostrar en dicho y hecho  
que eres varón, a despecho  
de cuantos cuidados cuides.

Deja melindres aparte,  
da a las ternezas de mano,  
y mira que está en tu mano  
el perderte o el ganarte.

Mira que amor te ha traído,  
por un nunca visto enredo  
a ser paje de Manfredo,  
y paje favorecido:

que es principio que asegura  
buen fin a tu pretensión.  
JULIA: Tienes, Rutilio, razón;  
mas no tengo yo ventura,  
pues, cuando más me acomodo  
a hacer lo que me ordenas,  
embebecida en mis penas,  
se me olvida a veces todo.

Mas, ¡ay de mí, desdichada,  
que éste es el duque, mi hermano!  
 PORCIA: Vuelve el rostro a esotra mano,  
y vuélvete a la posada;  
que él no me conoce a mí,  
y conviéneme hablalle.  
 JULIA: ¿Por dó he de ir?  
 PORCIA: Por esa calle.  
 JULIA: ¿Vendrás presto?  
 PORCIA: Voy tras ti.  
 Vase JULIA

Buen hombre, ¿sois desta tierra?  
 ANASTASIO: Ni soy della, ni buen hombre.  
 PORCIA: Pues, ¿cómo la vuestra ha nombre?  
 ANASTASIO: Como el cielo que la encierra.  
 CORNELIO: (Querrá decir Rosamira, [Aparte]  
que es tierra y cielo a do vive.  
Estas quimeras concibe  
quien más por amor suspira.)  
 ANASTASIO: Y vos, ¿sois deste lugar,  
señor estudiante?  
 PORCIA: No.  
 ANASTASIO: ¿Pues de dónde?  
 PORCIA: Aún no sé yo  
de a dó me podré llamar:  
que el cielo y tierra, hasta agora,  
me tratan como extranjero,  
y ni dél ni della espero  
ver en mis cuitas mejora.  
 ANASTASIO: ¿Vos con cuitas en edad  
tan tierna? ¡A fe que me espanta!  
 [PORCIA]: A los años se adelanta  
tal vez la calamidad;  
y más cuando son de aquellas  
que trae el amor en sus alas.  
 CORNELIO: Sus razones no son malas,  
aunque yo no sé entendellas;  
mas, con todo, apostaré  
que está el rapaz traspasado  
del agudo arpón dorado,  
como el señor su mercé.  
 ANASTASIO: ¿Amáis, por ventura?  
 PORCIA: Sí;  
mas no sé si por ventura,  
aunque alguna me asegura  
ver ahora lo que vi.  
 ANASTASIO: Pues, ¿qué veis?  
 PORCIA: No será honesto  
hacer que me ponga en mengua  
tan fácilmente mi lengua  
como mis ojos me han puesto;  
ni vuestro traje me mueve,  
ni mi deseo, a mostrar  
lo que en silencio ha de estar  
hasta que otras cosas pruebe.  
 ANASTASIO: ¿Tan mal os parece el traje?  
 PORCIA: No, por cierto; porque veo  
que dese rústico aseo  
es muy contrario el lenguaje,  
y podrá ser que el sayal  
encubra el al del refrán.  
 ANASTASIO: ¿De dónde sois?  
 PORCIA: De Dorlán.  
 ANASTASIO: De ahí soy yo natural.  
¿Cuánto ha que de allá venistes?

PORCIA: Poco más de doce días.  
ANASTASIO: ¿Qué hay de nuevo?  
PORCIA: Niñerías,  
aunque son un poco tristes.  
ANASTASIO: ¿Y qué son?  
PORCIA: Que el de Rosena,  
que el de Dorlán hospedó,  
a Julia y Porcia robó,  
como Paris hizo a Helena.  
ANASTASIO: ¿Tiénesese eso por verdad?  
PORCIA: Sí tiene; mas yo imagino  
que no lleva más camino  
que del cielo la maldad.  
ANASTASIO: ¿Pues qué dicen?  
PORCIA: Yo entreoí  
que la Porcia quería bien  
a Anastasio.  
ANASTASIO: ¿Cómo? ¿A quién?  
PORCIA: A Anastasio.  
ANASTASIO: (¿Cómo? ¿A mí?) [Aparte]  
¿A su primo hermano? ¡Bueno!  
PORCIA: Quizá guiaba su intento  
por vía de casamiento.  
ANASTASIO: Deso está mi bien ajeno.  
Mas, ¿eso qué importa al hecho  
de roballa?  
PORCIA: No sé yo;  
dícese que la sacó  
el mismo amor de su pecho.  
Mas deben de ser hablillas  
del vulgo mal informado.  
CORNELIO: A mí me han maravillado.  
ANASTASIO: ¿Pues de qué te maravillas?  
Di: ¿no puede acontecer,  
sin admiración que asombre,  
que una mujer busque a un hombre,  
como un hombre a una mujer?  
CORNELIO: Sí puede; y es tan agible  
lo que dices, que se ve  
que, en las posibles, no sé  
otra cosa más posible.  
ANASTASIO: Como a su centro camina,  
esté cerca o apartado,  
lo leve o lo que es pesado,  
y a procuralle se inclina,  
tal la hembra y el varón  
el uno al otro apetece,  
y a veces más se parece  
en ella esta inclinación;  
y si la naturaleza  
quitase a su calidad  
el freno de honestidad,  
que tiembla su ligereza,  
correría a rienda suelta  
por do más se le antojase,  
sin que la razón bastase  
a hacerla dar la vuelta;  
y así, cuando el freno toma  
entre los dientes del gusto,  
ni la detiene lo justo,  
ni algún respeto la doma.  
PORCIA: ¿En poca deuda os están  
las mujeres!  
CORNELIO: Si así fuera,  
ni yo este traje trujera,  
ni él vistiera aquel gabán.  
ANASTASIO: No es tan poca: que si hago  
la cuenta, no sé yo paga  
que a la deuda satisfaga,

puesto que en ella me pago.  
 PORCIA: En fin: ¿amáis?  
 ANASTASIO: Alma tengo,  
 y no he de estar sin amor.  
 PORCIA: Hay amor bueno, y mejor.  
 ANASTASIO: Yo con el mejor me avengo.  
 PORCIA: ¿Es labradora?  
 ANASTASIO: El tabarro  
 que me cubre así lo dice.  
 PORCIA: Pues todo lo contradice  
 el talle y horro bizarro;  
 que el tabarro es tosca caja  
 que encierra el fino diamante.  
 CORNELIO: ¡El diablo es el estudiante!  
 ¡Qué bien su razón encaja!  
 Apostaré que mi amo,  
 sin más ni más, le da cuenta  
 de quién es y lo que intenta.  
 Por aquesto le desamo:  
 que presume de discreto,  
 y no ve que es ignorancia,  
 en las cosas de importancia,  
 fiar de nadie el secreto.  
 ANASTASIO: Ahora bien: si vuestra estada  
 no es de asiento en el lugar  
 y queréis conmigo estar  
 en una misma posada,  
 en la que tengo os ofrezco  
 el género de amistad  
 que engrandece la igualdad.  
 PORCIA: Daisme lo que no merezco.  
 Mas heme de despedir  
 primero de un cierto amigo.  
 CORNELIO: Aquesto es lo que yo digo:  
 él se vendrá a descubrir.  
 ANASTASIO: A la insignia del Pavón  
 es mi estancia.  
 PORCIA: Andad con Dios,  
 que mañana soy con vos.  
 ¡Oh venturosa ocasión!

[Vanse] ANASTASIO y CORNELIO

Si al fuego natural no se le pone  
 materia que en la tierra le sustente,  
 volveráse a su esfera fácilmente,  
 que así naturaleza lo dispone.  
 Y el amante que quiere que se abone  
 su fe con afirmar que no consiente  
 en su alma esperanza, poco siente  
 de amor, pues que a su ley justa se opone.  
 Cual sin el agua quedaría la tierra,  
 sin sol el cielo, el aire sin vacío,  
 el mar en tempestad, nunca en bonanza,  
 y sin su objeto, que es la paz, la guerra,  
 forzado sin su gusto el albedrío,  
 tal quedara amor sin esperanza.

[Vase] PORCIA. Sal en TÁCITO y ANDRONIO

ANDRONIO: Vamos hacia la prisión  
 de la duquesa, que importa.  
 TÁCITO: Reporta, Andronio, reporta  
 tu arrojada condición:  
 que siempre quieres saber  
 lo que no te importa un pelo.

ANDRONIO: Soy curioso.  
TÁCITO: Yo recelo  
que aqueso te ha de ofender.  
Necio llamaré del todo,  
no curioso, al que se mete  
en lo que no le compete  
ni toca por algún modo.  
Hay algunos tan simplones,  
que desde su muladar  
se ponen a gobernar  
mil reinos y mil naciones;  
dan trazas, forman Estados  
y repúblicas sin tas[a],  
y no saben en su casa  
gobernar a dos criados.  
De aquéllos mi Andronio es,  
y esto lo sé con certeza,  
que emiendan a la cabeza,  
y apenas son ellos pies.  
Llaman con su ceguedad  
y mal fundada opinión,  
al recato, remisión;  
al castigo, crüeldad.  
El gobierno no les cuadra  
más justo y más nivelado;  
siguen del vulgo engañado  
la siempre mudable escuadra.  
El que es buen vasallo, atiende  
a rogar por su señor,  
si es bueno, que sea mejor;  
y si es malo, que se emiende.  
De los viejos que enterramos,  
fue sentencia singular  
que el mundo hemos de dejar  
del modo que le hallamos.  
¿Qué te importa a ti si hace  
bien o mal el duque en esto?  
ANDRONIO: ¿Hasme oído tratar desto?  
TÁCITO: Y tanto, que me desplace.  
Que quemén a la duquesa,  
no se te dé a ti un ardite.  
ANDRONIO: Desde hoy más guardaré el chite,  
y de lo hablado me pesa.  
TÁCITO: A la espada me remito  
de Dagoberto en la riña.  
ANDRONIO: ¿Si vence...?  
TÁCITO: Pague la niña:  
que a buen bocado, buen grito.  
Quien de honestidad los muros  
rompe, mil males se aplica.  
ANDRONIO: Cuando la zorra predica,  
no están los pollos seguros.

*[Vanse] TÁCITO y ANDRONIO. Sale PORCIA, como Labrador,  
y JULIA, como estudiante*

JULIA: ¿Por qué quieres intentar,  
Rutilio, tan gran locura?  
PORCIA: Porque en el mal es cordura  
no temer, sino esperar;  
y la negligencia estraga  
los remedios del dolor,  
y no quiero yo que amor  
conmigo milagros haga.  
El que padece tormenta,  
si es que de piloto sabe,  
si puede, guíe la nave



a donde menos la sienta.

Yo en la mía un puerto veo  
a los ojos de mi fe,  
y allá me encaminaré  
con los soplos del deseo.

Ya viste que era tu hermano  
el labrador que aquí vimos:  
que los dos le conocimos,  
aunque en el traje villano;  
y ha muchos días que sabes,  
y yo también, por mi mal,  
que tiene de su caudal  
el amor todas las llaves,  
y que Rosamira es  
la que así le tiene aquí.

JULIA: Ya yo te he dicho que sí.

PORCIA: Pues dime: ¿ahora no ves  
que será muy acertada  
la traza que te he contado?

JULIA: Caminas tras tu cuidado;  
en fin, como enamorada.

PORCIA: ¿Que podrás dejarme a solas?

¿A solas dices que estás,  
quedando con quien podrás  
contrastar de amor las olas?

Ingenio tienes, y brío,  
y ocasión tienes también  
para procurar tu bien,  
como yo procuro el mío.

JULIA: ¿Y si te conoce, a dicha?

PORCIA: Engañada en eso estás:  
que él no me ha visto jamás.

JULIA: Puede mucho una desdicha.

[PORCIA]: Nuestro mucho encerramiento  
y libertad oprimida,  
como causó esta venida,  
cegará su entendimiento.

JULIA: Pues si el cielo, mi enemigo,  
te hiciere conocer,  
nunca lo des a entender  
que te veniste conmigo.

Sigue a solas tu ventura,  
que yo seguiré la mía,  
y el blando amor que nos guía  
abone nuestra locura.

Yo a Manfredo le diré  
que a la patria te volviste.  
Mas, ¿qué gente es ésta? ¡Ay triste!

PORCIA: No sé; disimúlate.

[Salen] ANASTASIO, MANFREDO y los dos  
CIUDADANOS

CIUDADANO 1: Es el caso inaudito, y la insolencia  
del duque de Rosena demasiada,  
mala en el hecho y mala en la apariencia.

ANASTASIO: Cuando del apetito es sojuzgada  
la razón, no hay respeto que se mire,  
ni justa obligación que sea guardada.

CIUDADANO 2: ¿Quién lo vendrá a entender que no se admire?:  
que, faltando a la ley del hospedaje,  
con las prendas del huésped se retire.

Y más aquel que debe por linaje,  
por ser, por calidad, por gentileza,  
hacer a todos bien, a nadie ultraje.

ANASTASIO: Debe de ser de vil naturaleza,  
o a quien soberbia natural inclina

a tan infames hechos de bajeza.

Pues a fe que fabricas tu ruina,  
Manfredo ingrato: que Dorlán bien suele  
amansar tu arrogancia repentina.

MANFREDO: A un pobre labrador, ¿por qué le duele  
tanto de Julia y Porcia el robo incierto?  
Quizá miente la fama.

PORCIA: ¿Hablaréle?

JULIA: Háblale; pero no te ha descubierto.

ANASTASIO: ¡Siempre son ciertas las desdichas mías!

MANFREDO: ¿Desdichas tuyas? ¡Bueno estás, por cierto!

ANASTASIO: ¿Qué scita vive en sus regiones fieras,  
qué garamanta en su abrasada arena,  
o en tierras, si las hay, de amubaceas,  
que apruebe que un gran duque de Rosena,  
siendo del de Dorlán huésped y amigo...

JULIA: Aquestos argumentos me dan pena.

ANASTASIO: ...como astuto ladrón, como enemigo,  
haberle de sus prendas despojado,  
sin que diga lo mismo que yo digo:

que fue Manfredo ingrato y mal mirado?

JULIA: Apostaré que el duque te conoce.

PORCIA: Desvíate en buen hora a esotro lado.

MANFREDO: Buen hombre, no es razón que se alboroce  
así vuestro sentido: que a Manfredo  
no le estima cual vos quien le conoce.

JULIA: Que han de reñir los dos tengo gran miedo.

PORCIA: Pues, por Dios, que si riñen...

JULIA: Calla o vete.

PORCIA: Añade a lo que dices: si es que puedo.

ANASTASIO: Tampoco no sé yo a qué se entremete  
a defender un hecho un estudiante  
donde tan gran pecado se comete.

[CIUDADANO] 2: Señores, no paséis más adelante:  
que si es verdad que el duque hizo tal hecho,  
aquel que lo defiende es ignorante.

ANASTASIO: ¡Vive Dios, que se me arde en rabia el pecho!

MANFREDO: ¡Por Dios, que está el villano muy donoso!

JULIA: Cuajóse la cuestión; ello está hecho.

ANASTASIO: ¿Villano a mí? ¡Escolar sucio y astroso,  
capigorrón, brodista, pordiosero!

MANFREDO: ¡Oh villano otra vez, loco furioso!

PORCIA: Mal haré si no ayudo a quien bien quiero.

[CIUDADANO] 1: ¿Qué es esto? ¿Con puñal a un desarm[aldo]?

ANASTASIO: Dejad que llegue aqúeste vil grosero.

[CIUDADANO] 2: Cada cual de los dos sea bien mirado:  
miren quién está en medio.

MANFREDO: ¿Tanto brío  
en un villano pecho está encerrado?

JULIA: ¿Piedras a mi señor?

PORCIA: ¿Piedras tú al mío?

JULIA: ¡Oh! ¿También tú, villano?

PORCIA: ¡Oh sucio paje!

JULIA: Rutilio, di: ¿no es éste desvarío?

¿Bofetada en mi rostro? ¡Ya el coraje  
ha llegado a su punto, y no es posible  
que temor o respeto aquí le ataje!

[CIUDADANO] 1: Los dos criados, con furor terrible,  
se han asido también.

[CIUDADANO] 2: ¡Ténganse, digo!

MANFREDO: ¡Hasta que mate a éste, es imposible!

ANASTASIO: ¡No estimo su puñal en sólo un higo!

[CIUDADANO] 2: ¡Otra vez digo que se tengan, ea!

JULIA: ¡Deja estar los cabellos, enemigo!

¿Quieres, con esparcirlos, que se vea  
quién somos?

PORCIA: Pues, hereje, ¿estásme dando,  
y no te he yo de dar?

[CIUDADANO] 1: Otra pelea

es ésta más crüel que estoy mirando.  
 JULIA: ¡Ay, que la boca toda me deshaces!  
 PORCIA: ¡Suelta tú el labio!  
 JULIA: ¡Ya le voy soltando!  
 PORCIA: ¡Acaba de soltar!  
 [CIUDADANO] 1: ¡Quitad, rapaces!  
 JULIA: ¡Ay, que me muerde!  
 PORCIA: ¿Echáisme zancadilla?  
 JULIA: Qué haces, enemigo?  
 PORCIA: Y tú, ¿qué haces?  
 [CIUDADANO] 2: Envainad vos, señor, y esta rencilla  
 quédese así, pues no os importa nada.  
 MANFREDO: ¡Dios sabe por qué gusto diferilla!  
 PORCIA: Quitásteme el gabán, desvergonzada;  
 la mano, digo, que tal fuerza tiene;  
 pero ésta mía me hará vengada.  
 [CIUDADANO] 1: ¿Han visto con qué brío el mozo viene?  
 ¿Y éste es vuestro criado?  
 ANASTASIO: No, por cierto.  
 MANFREDO: Rutilio, ¿cómo es esto?  
 PORCIA: No conviene  
 que mi designio aquí sea descubierto.  
 MANFREDO: Pues, ¿por qué peleabas con tu hermano?  
 PORCIA: De ignorancia nació mi desconcierto;  
 que, como vi este traje de villano,  
 tan parecido a aquellos de mi tierra,  
 dejarle de ayudar no fue en mi mano.  
 Y creo, si la vista no se yerra,  
 que éste es un mi pariente conocido,  
 que de todo mi gusto me destierra.  
 MANFREDO: El seso, al parecer, tienes perdido;  
 mas no le pierdas tanto que señales  
 pieza por donde yo sea conocido.  
 PORCIA: Seguro está, señor, que ni por males  
 ni bienes que a Rutilio el cielo envíe,  
 dará de ser quién eres las señales,  
 y en tal seguro el tuyo se confíe.  
 MANFREDO: ¿De modo que a la patria quiés volverte?  
 PORCIA: Antes que el tiempo cargue y más enfríe.  
 MANFREDO: ¡Adiós, que yo no quiero detenerte!  
 PORCIA: Mi hermano queda acá.  
 MANFREDO: Gusto infinito.  
 PORCIA: Plega a Dios que en servirte en todo acierte.

*Va[n]se MANFREDO y los dos CIUDADANOS*

JULIA: Dime, Rutilio: ¿a dicha, qued[a] escrito  
 en el alma el rencor que hemos mostrado?  
 PORCIA: A la ocasión y al gusto le remito.  
 JULIA: ¿Iré de tu buen pecho confiado?  
 PORCIA: Pues, ¿quién lo duda?  
 JULIA: ¡Adiós, pues, firme amigo!

*Vase JULIA*

PORCIA: ¡Adiós, mocito mal aconsejado!  
 Ya me tienes, señor, aquí contigo;  
 a tu gusto me manda, que yo espero  
 que amor me ha de ayudar al bien que sigo.  
 ANASTASIO: Pues yo de todo bien ya desespero.  
 ¡Oh amor, que con la vida me atropellas  
 la honra, pues sin ella vivo y muero!  
 Allí llega el ardor de sus centellas,  
 donde pueda quitar el sentimiento  
 de las cosas que es muerte el no tenellas.  
 Julia, robada; el duque, en salvamento;

yo, a quien el caso toca, descuidado  
con el cuidado que en el alma siento.

De un estudiante vil mal afrentado;  
socorrido de un pobre pastorcillo,  
aunque en esto me doy por bien pagado.

Padezco el mal; no sé a quién descubrílo;  
mas, aunque lo supiese, no osaría,  
pues no es para sufrillo ni decillo.

PORCIA:

Si acaso éste no fuera el primer día  
que de buena amistad te doy la mano,  
pudieraste fiar de la fe mía.

Acomódome al traje de villano  
por servirte en el tuyo: señal clara  
que soy de proceder fácil y llano.

Si en algunos escrúpulos repara  
tu voluntad, el tiempo tendrá cargo  
de mostrarte la mía abierta y clara.

Yo de serte fiel sólo me encargo,  
con pecho noble, sin torcido enredo,  
sin que dificultad me ponga embargo.

ANASTASIO:

PORCIA:

Sabrás...; basta, no más.

¿Que tienes miedo

de descubrirte a mí? Pues yo te juro,  
por todo aquello que jurarte puedo,

que puedes sin escrúpulo, al seguro,  
fiar de mí cualquier tu pensamiento.

ANASTASIO:

Conviéneme creer que estoy seguro;

porque para salir con el intento  
que tengo, sólo entiendo que tú eres  
el más fácil y cómodo instrumento;

y es menester, si gusto darme quieres,  
que, fingiendo ser moza labradora...

¿De qué te ríes?

PORCIA:

Di lo que quisieres,  
que no me río, a fe.

ANASTASIO:

Si es que no mora  
voluntad en tu pecho de servirme,  
dímelo, y callaré luego a la hora.

PORCIA:

No digo de mujer; pero vestirme  
de diablo lo haré, pues que te agrada,  
con pronta voluntad y ánimo firme.

ANASTASIO:

Serás de mí tan bien gratificado,  
que iguale a tu deseo el beneficio.

PORCIA:

Quedo en sólo servirte bien pagado.

Prosigue, pues.

ANASTASIO:

Ha dado en sacrificio  
un amigo su alma a la duquesa,  
que está acusada de un infame vicio.

No se puede saber, como está presa,  
si tiene culpa o no, y él, sin sabello,  
duda el ser defensor de tal empresa.

A mí me ha dado el cargo de entendedorlo,  
y, con este gabán disimulado,  
ha algunos días que he entendido en ello.

PORCIA:

¿Y has alguna verdad averiguado?

ANASTASIO:

Ninguna.

PORCIA:

Pues, ¿qué ordenas?

ANASTASIO:

Que te pongas  
en el traje que digo disfrazado,  
y a dar a Rosamira te dispongas  
un papel, y a sacarle de su pecho  
cuanto tuviere en él.

PORCIA:

Como compongas  
bien el rústico traje, ten por hecho  
lo que pides.

ANASTASIO:

La entrada está segura,  
dejando al carcelero satisfecho.

PORCIA:

Has de llevar el rostro con mesura.  
Para una labradora, poco importa;

basta que lleve el pecho con cordura.  
La carta escribe y la partida acorta,  
que yo de parecer mujer no dudo.  
Habla sutil, y en pláticas sé corta.  
PORCIA: ¡Ah ciego amor, de piedad desnudo,  
y en qué trance me pones!

ANASTASIO: ¿Te arrepientes?  
PORCIA: Nunca del buen intento yo me mudo.

Aunque tuviera el caso inconvenientes  
mayores, con mi industria los venciera  
y buscara los medios suficientes.

ANASTASIO: Si supieses la paga que te espera,  
cual yo la sé, mancebo generoso,  
a más tu voluntad se dispusiera:  
que soy otra persona que este astroso  
hábito muestra.

PORCIA: Y yo seré un criado  
para ti el más fiel y cuidadoso  
que se pueda hallar en lo criado.

*[Vanse]. Sale[n] MANFREDO y JULIA*

MANFREDO: ¡Bríoso era el villano!  
JULIA: Y atrevido además, según dio muestra.  
MANFREDO: Y muy necio tu hermano.  
JULIA: La juventud lo causa, poco diestra  
en lazos de importancia.  
MANFREDO: ¿Volvióse?  
JULIA: ¡Y no le arriendo la ganancia!  
MANFREDO: Torna, pues, ¡oh Camilo!,  
y dime aquello que decías agora,  
usando el mismo estilo:  
que el modo de decirlo me enamora,  
y el caso me suspende.  
JULIA: Pues dello gustas, buen señor, atiende.

*Llegóse a mí un mancebo  
de agradable presencia, bien tratado,  
con un vestido nuevo,  
que creo que por éste fue trazado;  
Llegóse, como digo,  
y díjome: "Escuchadme, buen amigo."  
Volví, miréle, y vile  
lloviendo perlas de sus bellos ojos;  
la mano entonces dile,  
de lástima movido, y él, de hinojos,  
temeroso tomóla,  
y, bañándola en lágrimas, besóla.  
Yo, del caso espantado,  
le alcé y le pregunté lo que quería;  
él, casi desmayado,  
me dijo que merced recibiría  
si un poco le escuchase  
en parte donde nadie nos notase.  
Llevéle a mi aposento;  
sentóse, sosegóse, y después dijo  
con desmayado aliento,  
con voz turbada y anhelar prolijo:  
"Yo soy..." y calló luego,  
y el rostro se le puso como un fuego.  
Por estos movimientos  
conocí que vergüenza le estorbaba  
a decir sus intentos;  
y como yo sabellos deseaba,  
lleguéme a él, diciendo  
razones que le fueron convenciendo.*

En fin, dellas vencido,  
tras de un suspiro doloroso, ardiente,  
ya el rostro amortecido,  
el codo y palma en la rodilla y frente,  
dijo: "Yo soy aquella  
a quien persigue su contraria estrella.

Yo soy la sin ventura  
que, a la primera vista de unos ojos,  
sin valor ni cordura,  
rendí la libertad de los despojos  
de la honra y la vida,  
pues una y otra cuento por perdida.

Yo soy Julia, la hija  
del duque de Dorián, cuyo deseo  
ya no hay quien le corrija;  
ni el cielo ofrece, ni en la tierra veo  
remedio al dolor mío,  
y es bien que no le tenga un desvarío."

Quedé, en oyendo aquesto,  
bien como estatua mudo, y, sin hablalla,  
quise escuchar el resto,  
temiendo con mi plática estorballa;  
y prosiguió diciendo  
lo que me fue encantando y suspendiendo:

"Yo dijo vi a Manfredo,  
aqueste dueño venturoso tuyo  
que ya no tengo miedo,  
ni de contar, y más a ti, rehuyo  
la mal tejida historia,  
digna de infame y de inmortal memoria.

Teníame mi padre  
encerrado el sol entraba apenas;  
era muerta mi madre,  
y eran mi compañía las almenas  
de torres levantadas,  
sobre vanos temores fabricadas.

Avivóme el deseo  
la privación de lo que no tenía  
que crece, a lo que creo,  
la hambre que imagina carestía;  
mas no era de manera  
que yo no respondiése a ser quien era.

Hasta que mi desdicha  
hizo que este Manfredo huésped fuese  
de mi padre, que a dicha  
tuvo que la ocasión se le ofreciese  
de mostrar su grandeza  
sirviendo a un duque de tan grande alteza.

En fin, yo, de curiosa,  
un agujero hice en una puerta,  
que a la vista medrosa,  
y aun al alma, mostró ventana abierta  
para ver a Manfredo.  
Vile, y quedé cual declarar no puedo."

Ni aun yo puedo contarte  
más por agora, porque gente viene.  
Vamos por esta parte,  
que está mas fresca y menos gente tiene.  
Anda, que estoy suspenso,  
y vame dando el cuento gusto inmenso.

MANFREDO:

[Vanse MANFREDO y JULIA. Sale PORCIA, como labradora, con un canastico de flores y fruta

PORCIA: Amor, bien será que abajes  
mi vida a tu proceder,  
pues no me quieres comer,  
aun hecha tantos potajes.  
Primeramente pastor  
me hiciste, y luego estudiante,  
y, andando un poco adelante,  
me volviste en labrador,  
para labrar mis desdichas  
con yerros de tus marañas:  
que éstas son de tus hazañas  
las más venturosas dichas.  
Flores llevo, donde el fruto  
que cogeré ha de ser tal,  
que al corazón de mortal  
le sirva [y] de triste luto.  
Papel que vas encerrado  
entre estas flores, advierte  
que eres sierpe que a mi muerte  
ha el amor determinado.  
No pienses, yendo conmigo,  
ver tu intención declarada:  
que no he de poner la espada  
en manos de mi enemigo.  
Tú de mi alma lo eres,  
y éstos del cuerpo lo son.

[Sal en] TÁCITO y ANDRONIO

TÁCITO: ¡Del diablo es esta visión!  
¡Vade retro! ¿Qué me quieres?  
¡Oh, qué buen rato se ofrece  
con la pulida villana!  
PORCIA: ¡Por Dios, que vengo de gana!  
ANDRONIO: Bonísima me parece.  
¿Qué es lo que cogió del suelo?  
TÁCITO: Algo que se le cayó;  
o tú llega, o llego yo.  
PORCIA: Algún mal caso recelo;  
que éstos son grandes bellacos,  
y me tienen de embestir.  
¡Oh, quien pudiera huir  
el encuentro destes cacos!  
TÁCITO: Mi señora labradora,  
vengáis con los años buenos,  
de paz y abundancia llenos.  
ANDRONIO: Vengáis muy mucho en buen hora.  
TÁCITO: ¿Qué trae aquí, por mi vida?  
¡Oh, pese a quien me parió!  
ANDRONIO: ¿Diote?  
TÁCITO: Sí. ¡Y cómo que me dio!  
La mano tengo aturdida.  
¡Con otro me has de pagar  
el garrote que me has dado!  
PORCIA: ¡Que me roban en poblado!  
¿No hay quien me venga a ayudar?  
¡Que me roban, ay de mí!  
¡Ladrones, dejad la cesta!

Sal e el CARCELERO

¿Qué soledad es aquésta?  
¿Naide pasa por aquí?  
CARCELERO: ¿Qué es esto, desvergonzados?  
TÁCITO: Ojo, el señor, ¿con qué viene?

Bien parece que no tiene  
los amplíficos cuidados  
ni la cuenta del negocio  
de los dolientes distintos,  
cuando destos laberintos  
es la propia causa el ocio.

CARCELERO: ¿Qué es lo que decís, malditos?

ANDRONIO: Que se vaya dilatando  
en paz, con el cómo y cuándo;  
tenga los ojos marchitos,  
porque nos cumple acabar  
con aquesta labradora.

CARCELERO: Y vos, ¿qué decís, señora?

PORCIA: Que me querían robar  
aquesta fruta que llevo  
a la señora duquesa.

CARCELERO: ¿A la presa?

PORCIA: Sí, a la presa.

TÁCITO: Nego.

ANDRONIO: Probo.

*Meten la mano en el canastillo y comen de la fruta*

TÁCITO: Y yo las pruebo.

CARCELERO: ¡Hideputa, sinvergüenza!

¡Andad, bellacos, de aquí!

TÁCITO: Nunca el comer puso en mí  
género de desvergüenza.

ANDRONIO: Agradezca la villana  
que ha tenido buen padrino;  
mas si hacéis otro camino,  
yo reharé mi sotana.

TÁCITO: ¡Mal haya la suerte avara!

ANDRONIO: Vamos, amigo, a lición...

*[Vanse] TÁCITO y ANDRONIO*

CARCELERO: Tan grandes bellacos son  
como los hay en Ferrara.

Vamos, labradora, a donde  
podáis ver a la duquesa,  
que en mi poder está presa.

PORCIA: Guíe, que no sé por dónde.

*[Vanse]. Salen MANFREDO y JULIA*

MANFREDO: Prosigue, que no hay gente  
que aquí nos pueda oír.

JULIA: La desdichada  
prosiguió en voz doliente  
su historia, en desvaríos comenzada,  
y dijo: *Vi a Manfredo,  
vile, y quedé cual declarar no puedo:  
que en un instante pudo  
y quiso amor, con mano poderosa,  
de piedad desnudo,  
la imagen de Manfredo generosa  
grabar así en mi alma,  
que della luego le entregué la palma.  
Volvíme a mi aposento,  
llevando en la memoria y en el seno,  
con gusto y descontento,  
la mirada belleza y el veneno  
de amor que me abrasaba  
y la virtud honrosa refriaba.*



Hice discursos varios,  
fundé esperanzas en el aire vano,  
atropellé contrarios,  
dile al Amor renombre de tirano  
y de señor piadoso,  
y al cabo el entregarme fue forzoso.

Dejé mi padre, ¡ay cielos!  
dejé mi libertad, dejé mi honra,  
y, en su lugar, recelos  
y sujeción tomé, muerte y deshonra;  
y a buscar he venido  
este huésped apenas conocido.

Hoy en tu compañía  
le he visto, y, aunque en traje disfrazado,  
como en el alma mía  
traigo su rostro al vivo dibujado,  
al punto conocíle;  
vile, alegréme, y hasta aquí seguíle.

"Quiérote, pues, ¡oh mancebo!  
y esto cubriendo perlas sus mejillas,  
hincándose de nuevo  
ante mí, visión bella, de rodillas;  
quíerote dijo que digas  
al tuyo, que es mi dueño, mis fatigas.

Que yo no tengo lengua  
para decir mi mal, ni la dolencia  
mi honestidad y mengua,  
para poder ponerme en su presencia.  
Tú a solas le relata,  
la muerte con que amor mi vida mata;  
que no estará tan duro  
cual peñasco al tocar de leves ondas,  
ni cual está al conjuro  
del sabio encantador, en cuevas hondas,  
la sierpe, en esto cauta,  
ni cual airado viento al Eusto nauta.

No le habrán leche dado  
leonas fieras de la Libia ardiente,  
ni habrá sido engendrado  
de algún cíclope bárbaro inclemente,  
para que no se ablande  
oyendo mi dolor y amor tan grande.

Rica soy y no fea,  
tan buena como él en el linaje,  
si ya no es que me afea  
y me deshonra este trocado traje;  
mas, cuando amor las causa,  
en todas estas cosas pone pausa.

Rosamira infamada,  
justamente impedido el casamiento,  
yo dél enamorada,  
cual la tierra del húmido elemento:  
si esto no es desvarío,  
¿quién lo podrá estorbar que no sea mío?"

Esto dijo, y al punto  
dejó caer los brazos desmayados,  
quedó el rostro difunto,  
los labios, que antes eran colorados,  
cárdenos se tornaron,  
y sus dos bellos soles se eclipsaron.

Levantósele el pecho,  
su rostro de un sudor frío cubrióse,  
púsela sobre el lecho,  
de allí a un pequeño rato estremecióse,  
volvió en sí suspirando,  
siempre lágrimas tiernas derramando.

Consoléla y roguéla  
que en aquel aposento se estuviese,  
sin temor de cautela,  
hasta que yo su historia te dijese.  
Encerrada la dejo:  
¡mira si es raro de mi cuento el dejo!

MANFREDO: Y tan raro, que no puedo  
persuadirme a que es verdad;  
aunque amor y liviandad  
no se apartan por un dedo.  
¿Y que queda en tu aposento?

JULIA: Como digo, sin mentir.

MANFREDO: No me pudiera venir  
nueva de mayor contento.

JULIA: Luego, ¿piénsasla gozar?

MANFREDO: Mal me conoces, Camilo:  
que tan mal mirado estilo  
no se puede en mí hallar.

JULIA: Pues, ¿qué piensas hacer della?

MANFREDO: Enviálla al padre suyo:  
que con esto restituyo  
mi inocencia y su querella.

JULIA: ¡Mal pagas lo que te quiere!

MANFREDO: La honra se satisfaga:  
que un torpe amor esta paga  
y aun otra peor requiere.

JULIA: ¿Amar tan alto sujeto  
es error?

MANFREDO: Y conocido:  
porque amor tan atrevido,  
aunque es amor, no es perfeto.  
Es el amor, cuando es bueno,  
deseo de lo mejor;  
si esto falta, no es amor,  
sino apetito sin freno.  
Con todo, vamos a vella;  
pero no es bien miralla,  
que en tales visitas se halla  
ocasión para perdella;  
que yo no soy Scipión  
ni A[1]lejandro en continencia,  
para hacer la experiencia  
de mi blanda condición;  
y yo soy de parecer,  
y la experiencia lo enseña,  
que ablandarán una peña  
lágrimas de una mujer.

JULIA: Si no te ablanda su amor,  
no lo hará su hermosura.

MANFREDO: Con todo, será cordura  
hüir del daño mayor.  
Si la recibo, me hago  
en su huida culpado;  
si la vuelvo, habré mostrado  
que a ser quien soy satisfago,  
excusaré el desafío,  
cobraré el perdido honor.

JULIA: ¡Oh! ¡Mal haya tanto amor,  
mal pagado y mal nacido!  
¡Desdichada de la triste  
que te quiso sin porqué!

[MANFREDO]: En esos trances se ve  
quien su gusto no resiste.  
Pero vámonos a casa,  
que, con todo, pienso vella.

JULIA: Quizá vendrás a querella.

MANFREDO: No es mi fuego desa brasa.

[Vase] MANFREDO

JULIA:                   ¡Ay, crüel, cómo te vas,  
triunfando de mis despojos!  
¿Qué consejo en mis enojos  
es, ¡oh Amor!, el que me das?  
          En gran confusión me veo.  
¿Quién me podrá aconsejar?  
En fin, habré de acabar  
a las manos del deseo.

[Vase JULIA].   Sal e ROSAMIRA con un manto hasta los  
ojos

ROSAMIRA:                Quien me viere desta suerte,  
juzgará, sin duda alguna,  
que me tiene la fortuna  
en los brazos de la muerte.  
          Pues no es así: porque Amor,  
cuando se quiere extremar,  
con el velo del pesa[r]  
suele encubrir su favor.  
          Honra, eclipse padecéis  
porque entre vos y mi gusto  
la industria ha puesto un disgusto,  
por el cual oscura os veis;  
          mas pasará esta fortuna  
que así vuestra luz atierra  
como sombra de la tierra,  
puesta entre el sol y la luna.

[Sal en] el CARCELERO y PORCIA

CARCELERO:                Veisla ahí; habladla, y luego  
os salid con brevedad.

[PORCIA]:                ¡Ay obscura claridad!  
¡Mal haya el vendado ciego!  
          ¡Mirad cuál la tiene puesta!

ROSAMIRA:                Pues, amiga, ¿qué buscáis?

PORCIA:                   Señora, que recibáis  
lo que traigo en esta cesta,  
          que son unas bellas flores  
con alguna fruta nueva.

ROSAMIRA:                ¡Vos sola habéis hecho prueba  
de consolar mis dolores!

          Sentaos aquí par de mí,  
y esas flores me mostrad,  
y ese rebozo os quitad.

PORCIA:                   Señora, veislas aquí;  
          pero sentarme, eso no.

ROSAMIRA:                El embozo, ya le quito.  
Sentaos conmigo un poquito;  
basta que lo diga yo.

PORCIA:                   Estaba determinada,  
señora, de no lo hacer;  
mas dicen que es mejor ser  
necia, que no porfiada,  
          y así, me asiento y suplico,  
si mi ruego puede tanto,  
que os alcéis del rostro el manto  
otro poco, otro tantico.

ROSAMIRA:                Vesme descubierta, amiga;  
que a más fuerza tu cordura.

PORCIA:                   ¡Jesús! ¿Que tanta hermosura  
ha puesto en tanta fatiga?

ROSAMIRA: Amiga, déjate deso,  
y dime: ¿qué te movió  
a venirme a ver?

PORCIA: Sé yo  
que fue de amor el exceso,  
y el ver que ya el señalado  
plazo llega a más correr,  
adonde el mundo ha de ver  
tu inocencia o tu pecado;  
y querría ver si puedo  
serte en algo de provecho,  
antes de llegar al hecho  
que al más fuerte pone miedo;  
que es Dagoberto valiente.

ROSAMIRA: Así le conviene ser  
quien tiene de defender  
que es culpada la inocente.  
Sale del curso ordinario  
el caso de mi porfía,  
porque está la salud mía  
en la lengua del contrario.  
Quien me deshonra ha de ser  
el mismo que me ha de honrar,  
y esto me hace callar  
y culpada parecer.

PORCIA: Mas, dime: ¿acaso has oído  
qué se hizo el de Rosena?  
Por todo el lugar se suena  
que volvió al suyo corrido.  
Otros la culpa le dan  
de que la hija sacó,  
cuando alegre le hospedó  
el gran duque de Dorlán,  
y con ella otra su prima;  
pero yo sé que es mentira.

ROSAMIRA: ¡Ya no es sola Rosamira  
a quien Fortuna lastima!

PORCIA: Y esta su prima es hermana  
de Dagoberto el traidor.

ROSAMIRA: ¡Sabes muy poco de amor,  
discreta y bella aldeana!

PORCIA: El hijo del de Dorlán  
se suena que te defiende.

ROSAMIRA: ¿Quién lo dice?

PORCIA: Quien lo entiende.

ROSAMIRA: ¡En vano toma ese afán!  
Mas su intención le agradezco,  
porque, al fin, es de quien es.

PORCIA: Que él no pida el interés,  
aunque venza, yo me ofrezco;  
porque por su gentileza  
lo hace, y no por su amor.

ROSAMIRA: Así mostrará mejor  
su valentía y nobleza.  
Pero, puesto que él venciese,  
con él no me casaré.

PORCIA: Pues, ¿por qué?

ROSAMIRA: Yo sé el porqué.

PORCIA: ¿Y si él el premio pidiese?

ROSAMIRA: No llegará a aqueso extremo,  
si me vale mi justicia;  
mas, como reina malicia,  
de cien mil azares temo.  
Ven conmigo a otro aposento,  
labradora de mi vida,  
que en parte más escondida  
te quiero hablar un momento;  
que me ha dado el corazón  
que el Cielo aquí te ha traído

para que en gozo cumplido  
vuelvas mi amarga prisión.

Ven, que ya en tu voluntad  
está mi vida o mi muerte,  
mi buena o mi mala suerte,  
mi prisión o libertad.

PORCIA:

Vamos, señora, do quieres,  
y de mí daré a entender  
que te puedes prometer  
aun más de lo que quisieres:

que desde aquí te consagro  
la voluntad y la vida.

ROSAMIRA:

Sin duda que tu venida  
ha sido aquí por milagro.

## FIN DE LA SEGUNDA JORNADA

---

# JORNADA TERCERA

---

Sal en MANFREDO y JULIA

MANFREDO:                   ¿Que se fue?  
JULIA:    Como lo cuento.  
MANFREDO:                   Pues, ¿por qué no la tuviste?  
JULIA:    Porque muy mal se resiste  
un determinado intento.  
                  Apenas abrí la puerta,  
cuando dijo: "Amigo mío,  
yo sé que mi desvarío  
en ninguna cosa acierta.  
                  No digas al duque nada,  
pues sé que no ha de importar,  
y es mejor el acabar  
con mi muerte esta jornada.  
                  ¡Quédate a Dios!" Y salióse,  
sin podella resistir;  
y, aunque la quise seguir,  
al punto desaparecióse.  
MANFREDO:                   Mucho descuido has tenido.  
                  ¿Por dó se fue?  
JULIA:    No sé, a fe.  
MANFREDO:                   ¿Que es posible que se fue?  
JULIA:    Del modo que he referido.  
                  Mas, si no la puedes ver,  
mejor es que no esté en casa.  
MANFREDO:                   ¿No sabes ya lo que pasa?  
JULIA:    Más de lo que he menester.  
                  (¡Ay de mí, cómo me veo, [Aparte]  
puesta en dudosa balanza,  
esperando la esperanza  
cuando revive el deseo!  
MANFREDO:                   ¿Qué es lo que dices?  
JULIA:    No, nada:  
                  sólo digo que va tal,  
que será el fin de su mal  
acabar desesperada.  
MANFREDO:                   En eso echarás de ver,  
Camilo, bien claramente,  
que apenas hay accidente  
que sea bueno en la mujer.  
                  Quieren do han de aborrecer,  
vanse de adonde han de estar,  
temen donde han de esperar,  
esperan do han de temer.  
JULIA:    Pues si la vuelvo a encontrar,  
¿quieres, señor, que la diga  
que te duele su fatiga?  
MANFREDO:                   A nadie supe engañar;  
                  mas dile lo que quisieres,  
como hagas que la vea.  
JULIA:    De modo haré que así sea,  
si haces como quien eres.  
MANFREDO:                   ¿Qué es lo que tengo de hacer?  
JULIA:    Ni reñilla, ni afrentalla,  
ni al padre suyo envialla.  
MANFREDO:                   No sé cómo podrá ser.  
                  Sin duda, te dejó el pecho  
blandando Julia con su llanto.  
JULIA:    Tanto, que, a entender tú el cuánto,  
ya la hubieras satisfecho.  
                  ¿Lágrimas eran aquellas

para no ablandar un canto?  
Y ¿hay cielo que se alce tanto  
do no alcancen sus querellas?  
¡Ah, señor Manfredo!

MANFREDO: A fe,  
Camilo, que estás rendido.  
JULIA: Tengo el corazón herido  
de lo que en Julia noté.  
El agradable reposo,  
las razones tan sentidas,  
aquellas perlas vertidas  
por aquel rostro hermoso;  
los desmayos, los temores,  
la vergüenza y sobresaltos,  
el darle el corazón saltos,  
en fin, el morir de amores,  
con otras cosas que, a vellas  
tú, señor, como las vi,  
así como han hecho a mí,  
te ablandaran sus querellas.

MANFREDO: Vamos; que, pues ya se fue,  
no hay della tratarme más;  
mas si vuelve, le dirás...

JULIA: ¿Qué?

MANFREDO: ¡Por Dios, que no sé qué!  
Dicen que dejan hablar

JULIA: ya a la presa Rosamira.  
Esa cuerda es la que tira  
de tu gusto y mi pesar.

MANFREDO: Y he de procurar, si puedo,  
hablalla, porque me importa.

JULIA: (¡En fin, mi ventura es corta; [Aparte]  
no hay que esperar en Manfredo!

Mas, antes que el fin funesto  
llegue que temo y deseo,  
yo echaré de mi deseo  
en la plaza todo el resto.

*[Vanse] JULIA y MANFREDO. Sale ROSAMIRA con el vestido y rebozo  
de PORCIA, y PORCIA sale con el de ROSAMIRA, con el manto hasta  
cubrirse todo el rostro*

ROSAMIRA: Abrázame, y a Dios queda,  
y de mi palabra fía.

PORCIA: Advertid, señora mía,  
que es variable la rueda  
de la Fortuna, y que es bien  
que a la prisión no volváis;  
porque, aunque sin culpa estáis,  
hasta agora no veo quién  
os defienda.

ROSAMIRA: Yo haré en eso  
lo que a entrambas más importe.

PORCIA: Dad en vuestras cosas corte  
sin temor de mi suceso:  
que a mí no me han de matar  
por hacer tan buena obra,  
y yo sé que mi alma cobra  
en ella un bien singular,  
y en que vos no parezcáis  
está este bien escondido.  
Idos, que siento rüido.

ROSAMIRA: Yo volveré.

*[Vase.]*

PORCIA: No volváis.

*Entra el CARCELERO, en la mano un manto, la mitad de arriba  
abajo de tafetán negro, y la otra mitad de tafetán  
verde*

CARCELERO: ¡Vais norabuena, labradora hermosa!  
Si de volver gustáredes, prometo  
de daros puerta franca a todas horas,  
y aun a todos aquellos que quisieren  
comunicar con mi señora.

PORCIA: Bueno.

CARCELERO: No, sino no le den al delincuente  
procurador, y niéguenle abogado,  
ciérrenle los caminos y los medios  
de su defensa, tápenle la boca;  
quedarse ha a buenas noches de la vida.  
¡Oh señora! ¿Aquí estabas? Yo te hacía  
en el otro aposento, donde sueles  
en ciega obscuridad pasar los días.  
Orden es de tu padre que te pongas  
mañana, cuando salgas a la plaza,  
al triste, temeroso, amargo trance,  
este manto que ves, de dos colores.  
Ha ordenado también que te acompañen  
la mitad de su guarda con insignias  
de dolor y tristeza, y que asimismo  
vaya la otra mitad de gala y fiesta.  
Al lado izquierdo has de llevar, señora,  
al verdugo, blandiendo el terso acero,  
instrumento mortal que te amenace  
a muerte irreparable si, por dicha,  
venciere Dagoberto en tu deshonra.  
De verde lauro una corona hermosa  
al diestro lado ha de llevar un niño,  
para que del suceso que resulte,  
alegre o triste, o ya el cuchillo corra  
por tu bella garganta, o ya tus sienas  
del vitorioso lauro veas ceñidas.  
Esto vengo a decirte, y no otra cosa.  
¿No me respondes? Pues a fe que sabes  
la voluntad que tengo de servirte,  
y que, como el soltarte no me pidas,  
porque, en fin, soy leal al señor mío,  
que no habrá cosa que por ti no haga,  
y así, una pura voluntad te ofrezco.  
¿Qué me respondes?

PORCIA: Que te lo agradezco.

*[Vase] PORCIA*

CARCELERO: ¡Extraño silencio es éste!  
¡Mucho me da que pensar!  
¡Mas téngola de ayudar,  
aunque la vida me cueste!

*[Salen] ANASTASIO y CORNELIO*

CORNELIO: De un mozo no conocido  
fiarte así, ¿quién tal vio?

ANASTASIO: ¿Pues qué he de hacer?

CORNELIO: ¿Qué sé yo?

ANASTASIO: ¿Hase de ir así vestido?

CORNELIO: Con todo, digo que fue  
error conocido y claro.



ANASTASIO: A lo hecho no hay reparo.  
Mas, ¿no es éste?  
CORNELIO: ¿Yo qué sé?

*Sal e ROSAMIRA con el embozo*

ANASTASIO: Él es. Vengas en buen hora,  
Rutilio, mi buen amigo.  
CORNELIO: Tal estás, que afirmo y digo  
que eres pura labradora.  
ANASTASIO: No porque estemos los dos,  
vaya[s] el caso encubriendo.  
ROSAMIRA: Hermanos, yo no os entiendo;  
dejadme, y andad con Dios,  
que no soy la que pensáis.  
ANASTASIO: No es de Rutilio la habla.  
¡Mal mi negocio se entabla!  
¿Pues quién sois? ¿Adónde vais?  
O ¿quién os dio este vestido?  
Porque le conozco yo.  
ROSAMIRA: Mi dinero me le dio.  
ANASTASIO: Y el vendedor, ¿quién ha sido?  
Porque hasta que lo digáis,  
no habéis de pasar de aquí.  
ROSAMIRA: ¡Desventurada de mí;  
mal término es el que usáis!  
No me quitéis el embozo,  
porque a fe que os cueste caro.  
ANASTASIO: ¡En amenazas reparo!  
Venga el vestido, o el mozo.  
¿Qué dije? Muy mal hablé:  
este vestido os demando.

*Sale[n] DAGOBERTO y un criado suyo*

DAGOBERTO: Alza los ojos, mirando  
si la ves.  
ROSAMIRA: Ya me escapé;  
porque aquéste es Dagoberto,  
a quien yo vengo a buscar.  
ANASTASIO: Pues qué, ¿piénsaste escapar?  
ROSAMIRA: Tenga; si no, juro, cierto...  
DAGOBERTO: ¿Qué pendencia es ésta, amigos?  
ROSAMIRA: Príncipe, hablarte quisiera  
a solas, si ser pudiera,  
o no con tantos testigos.  
Y, para facilitallo,  
mira quién soy.

*Descúbrese ROSAMIRA a sólo  
DAGOBERTO*

DAGOBERTO: ¿Qué es aquesto?  
Amigos, váyanse presto.  
ANASTASIO: En gran confusión me hallo:  
que éste no es Rutil[ilo]; no,  
puesto que trae su vestido.  
CORNELIO: Algún mal le ha sucedido.  
ANASTASIO: ¿Mal ha de ser?  
CORNELIO: No sé yo.  
ANASTASIO: Yo he de hablar a Rosamira,  
y della lo he de saber.  
CORNELIO: A mucho te quiés poner.  
DAGOBERTO: Señora, el verte me admira.  
¿Cómo vienes deste modo?



MANFREDO:

Aunque de quien sois se infiere  
y nace seguridad  
que no os toca la maldad  
que os ahíja el que no os quiere,  
será bien que vuestra lengua  
descubra lo que hay en esto,  
porque su silencio ha puesto  
a vuestro crédito en mengua.

Quien lleva en el desafío  
a la razón de su parte,  
de hombre tierno, se hace un Marte;  
de flaco y torpe, con brío.

Si estáis sin culpa, no os pene  
que Dagoberto sea tal,  
que el mundo no le dé igual  
en cuantos valientes tiene;  
porque sabed, Rosamira,  
que los filos de verdad  
cortan con facilidad  
las armas de la mentira.

Y si acaso estáis culpada,  
y de amor la culpa fue,  
asimismo probaré  
con el contrario mi espada:  
que en fe de que él no hizo bien  
en descubrir lo secreto,  
de mi vitoria os prometo  
que os den más de un parabién.

Y soy persona que puedo  
prometer esto y aun más.  
¿Para qué en silencio estás?  
Habla: desecha ya el miedo.

PORCIA:

Esta noche, y no durmiendo,  
porque entre el sueño y mis cuitas  
nunca el reposo hizo treguas,  
ni de veras ni de burlas,  
digo que, estando despierta,  
desvelada en mis angustias,  
se me ofreció ante mis ojos  
de ti mesmo una figura.  
Las razones que aquí has dicho  
dijo aquel tú, y otras muchas,  
que todas se encaminaban  
a desear mi ventura.  
Dijo que le asegurase  
de mi inocencia o mi culpa,  
aunque, de cualquier manera,  
se ofrecía a darme ayuda.  
Yo, sepultada en silencio  
y con el miedo confusa,  
hice lengua de los ojos,  
por tener la lengua muda;  
con ellos le di a entender  
ser traidor el que me acusa,  
y que mi silencio nace  
de considerada astucia.  
Ya la visión se volvía,  
cuando vi, sin poner duda,  
entre el sí y el no una sombra;  
¿qué digo sombra?, a la luna  
vi y al sol en dos mej[i]llas  
de una doncella importuna  
que, arrodillada a tu imagen,  
tales razones pronuncia:  
"Yo soy dijo, señor mío,  
la desventurada Julia,

que, cual Clicia, voy siguiendo  
esa luz del sol y tuya.  
Soy quien te ha entregado el alma  
con la fe más tierna y pura  
que vio Amor en cuantos pechos  
ha rendido a su ley justa.  
Tú ofreces favor a quien  
ni te quiere ni te escucha,  
y niegas de dar oídos  
a quien te sigue aunque huyas.  
Promete, acorre, defiende,  
ofrece, trabaja y suda:  
que amor tiene decretado  
que al fin fin yo he de ser tuya."  
A estas sentidas razones  
acompañaba una lluvia  
de vivas líquidas perlas,  
correos de su tristura.  
Tu imagen se le humilló,  
y aun le dijo: "Estad segura,  
señora, que he de ser vuestro,  
a pesar de la fortuna."  
Si esto es así, ¿qué me ofreces?  
¿Para qué siempre procuras  
otro bien, si te da el cielo  
el mayor, dándote a Julia?  
Mas, ¿con quién hablo, cuitada?  
La misma visión, sin duda,  
es aquesta que vi anoche,  
o en muy poquito se muda.  
Del varón, ésta es la imagen;  
la de aquéste, la de Julia.  
¡Oh visiones amorosas,  
dejadme en mi desventura,  
idos a buscar verdades,  
y no os curéis de mis burlas;  
haced cierto lo que amor  
os da a entender por figuras!  
¿No os vais? Por Dios que dé gritos:  
que mis ojos no acostumbran  
a ver visiones, aunque éstas  
más alegran que atribulan.  
¿No os vais? A fe que dé voces.  
¿No hay ninguno que me acuda?  
Ya nos vamos; calla un poco.  
¡Ella está loca, sin duda!  
JULIA: Antes parece profeta.  
¿Quién le ha dicho lo de Julia?  
MANFREDO: ¡Calla, que su guarda vuelve!  
¡El alma llevo confusa!

*Vanse MANFREDO y JULIA, y entra el CARCELERO*

CARCELERO: Otro Cipión está abajo,  
que, si aqueste no os contenta,  
por sacaros desta afrenta,  
se pondrá en cualquier trabajo.  
Vestido trae de villano;  
pero a fe que es caballero:  
que el lenguaje no es grosero  
y el brío es de cortesano.  
Dice que os quiere hablar,  
y yo estoy puesto en que os hable.  
Hablad más, mostraos afable,  
que os mata tanto callar.

*Vuel ve a salir el CARCELERO*

PORCIA: Si fuese Anastasio... ¡Ay cielos!  
¿Qué he de hacer si acaso es él?  
¿He de estar muda con él,  
o he de decir mis duelos?  
¡En gran confusión me veo!  
Ingenio, cielos, ayuda:  
que no es posible estar muda  
con tan parlero deseo.

[Sal en] ANASTASIO y CORNELIO, su criado, y el  
CARCELERO

CARCELERO: Despachad con brevedad,  
no os suceda algún desmán,  
que estos negocios están  
de muy mala calidad.  
Que el silencio desta dama  
tiene a Novara suspensa,  
y no imagino en qué piensa  
la que no piensa en su fama.  
Yo estaré con ojo alerta  
por algún pequeño espacio,  
mirando si de palacio  
alguno llega a esta puerta.

[Vase] el CARCELERO

PORCIA: ¿Sois vos Anastasio?  
ANASTASIO: Sí.  
PORCIA: ¿El que envió este papel?  
ANASTASIO: Señora, yo soy aquél  
que ha mucho que el alma os di.  
Soy quien por vuestra desgracia  
a más desventuras vino  
que las que vio en su camino  
el gran músico de Tracia;  
soy aquel que alegre piensa,  
fiado en vuestro valor,  
poner la vida y honor  
y el alma en vuestra defensa.  
PORCIA: ¿No leístes la respuesta  
que os llevó la labradora?  
ANASTASIO: No la he visto más, señora,  
y hartó el buscarla me cuesta.  
PORCIA: Quizá, como forastera,  
debió de errar la posada.  
¡Pues a fe que es avisada,  
y que os fue buena tercera!  
En efeto, correspondía  
con justos comedimientos,  
que vuestros ofrecimientos  
con el alma agradecía,  
y que de mi honestidad,  
que ahora la infamia lleva,  
hiciédeses vos la prueba  
que os mostrase la verdad.  
Jurábaos que Dagoberto  
jamás en dicho o en hecho  
pudo ver cosa en mi pecho  
que apruebe su desconcierto.  
En vuestros brazos valientes  
me resignaba, y ponía  
en ellos la suerte mía,  
segura de inconvenientes.

Ofrecía, finalmente,  
de tomaros por esposo:  
señal de que es mentiroso  
Dagoberto, y yo inocente.

ANASTASIO:           ¡Oh dulce fin de mis males  
y principio de mis bienes,  
cielo que en la tierra tienes  
glorias que son sin iguales!  
Vesme rendido a tus pies;  
dispón a tu voluntad  
con toda seguridad  
de cuanto valgo.

PORCIA:                ¿No ves  
que soy tuya y que a ti toca  
disponer de mí a tu gusto?

ANASTASIO:           ¡Alma, ahora sí que es justo  
que os vuelva este gusto loca!

CORNELIO:            Déjate desas sandeces;  
haz, señor, lo que has de hacer:  
que no es tiempo de expender  
el tiempo así todas veces.

Recíbela por esposa;  
acaba, y vamos de aquí.

ANASTASIO:           Señora, ¿queréislo así?

PORCIA:                Sí, y me tengo por dichosa.

ANASTASIO:           Pues dadme esa hermosa mano,  
y tomad mi fe y la mía.

*Danse las manos*

PORCIA:                Veisla ahí; que una porfía,  
cualquier risco vuelve en llano.

ANASTASIO:           Ya, pues, que hasta vuestro cielo  
levantaste mi caída,  
sed, mi señora, servida  
de alzar dél el negro velo,  
para que las luces bellas  
vea cuyos rayos fueron  
los que han hecho y deshicieron  
las nubes de mis querellas,  
y para que, con su llama  
alentado el corazón,  
de la esperada quistión  
se prometa triunfo y fama.

PORCIA:                No verán ojos mortales,  
destos que vos amáis tanto,  
levantado el negro manto,  
ni más alegres señales,  
hasta que mi fama obscura,  
a pesar de Dagoberto,  
vuelva por vos a buen puerto  
limpia, alegre, clara y pura.  
Y perdonadme, señor,  
negaros la primer cosa  
que pedís a vuestra esposa.  
Echad la culpa a mi amor.

ANASTASIO:           Dadme un abrazo siquiera.

PORCIA:                Eso, de muy buena gana.

CORNELIO:            Vamos, y espere mañana  
vuestro invierno primavera.

*Vanse ANASTASIO y CORNELIO*

PORCIA:                Hasta ahora, en popa el viento  
lleva mi barca amorosa.  
¡Oh Fortuna poderosa,

condúcela a salvamento!

[Vase] PORCIA. *Sal e JULIA con una rica rodela y una espada, todo en la mano; sal e también MANFREDO*

JULIA: En fin, ¿las armas son éstas que señaló Dagoberto?

MANFREDO: Sí, amigo.

JULIA: Él está en lo cierto; que son livianas y prestas, y él tiene fama de diestro y de ligero además.

*Toma MANFREDO la espada y la rodela*

MANFREDO: Muestra, Camilo, y verás cómo soy dellas maestro.

JULIA: Pues, ¿con quién te has de probar?

MANFREDO: Llama al huésped.

JULIA: Vesle aquí.

*[Sal e el HUÉSPED]*

HUÉSPED: ¡Ah, Camilo, pesia mí! Venid, que os ando a buscar más ha de un hora.

JULIA: Pues bien, ¿qué hay de nuevo?

HUÉSPED: Que os espera vuestra mujer allí fuera.

JULIA: ¿Mujer a mí?

HUÉSPED: Y aun de bien, según su traje.

JULIA: Imagino que es Julia.

MANFREDO: Si Julia es, hazla entrar.

JULIA: ¿Qué harás después de entrada?

MANFREDO: Yo detemino de hablarla y ver qué es su intento.

JULIA: ¿Y enviarásla do dijiste?

MANFREDO: No, por Dios.

JULIA: No; que la triste no puede más, según siento.

¡Oh, a qué buen tiempo llegaste!

Huésped, yo os lo serviré.

¿Y el vestido que ordené?

HUÉSPED: Está donde lo ordenaste.

[Vase] JULIA *a vestirse de mujer lo más breve que se pueda*

MANFREDO: Si otra rodela tenéis, id por ella, y volved luego.

HUÉSPED: ¿Queréis probar en el juego lo que en las veras haréis?

MANFREDO: Sí, amigo.

HUÉSPED: Yo vuelvo presto con una que es de provecho.

*[Vase] el HUÉSPED*

MANFREDO: El corazón en el pecho  
me da saltos. ¿Qué es aquesto?  
Mas, si anuncia que es verdad  
lo que Rosamira dijo,  
por vanas cuentas me rijo.  
¿No tengo yo voluntad?  
¿Cómo? ¿Sentidos no tengo?  
¿No tengo libre albedrío?  
¿Pues qué miedo es éste mío?  
¡Mal con mi esfuerzo me avengo!  
¿Con qué, para que me venza,  
Julia me ha obligado a mí?  
Pues no es señal verla aquí  
de amor, mas de desvergüenza.  
¿A dicha, solicitéla?  
¿Dónde ve ricos despojos?  
¿Viéronla jamás mis ojos,  
o, por ventura, habléla?  
No, por cierto. ¿Pues qué cargo  
me puede Julia hacer?  
¿Que me quiere y es mujer?  
No me faltará descargo.

*Vuelve a [salir] el HUÉSPED con una rodela*

HUÉSPED: Vesla aquí.  
MANFREDO: Toma tu espada,  
y vente hacia mí con ella.  
Muy mejor fuera no vella.  
HUÉSPED: ¿Qué dices?  
MANFREDO: No digo nada.  
HUÉSPED: ¿Hela de desenvainar?  
MANFREDO: Poco importa; desenvaina.  
HUÉSPED: Más seguro es con la vaina.  
MANFREDO: ¡Mucho me das que pensar,  
Julia!  
HUÉSPED: Mas yo desenvaino.  
¿Estoy bien puesto? ¿No entiendes,  
señor? ¿De qué te suspendes?  
Si no te ensayas, envaino.  
MANFREDO: No vella fuera mejor,  
digo otra vez y otras ciento.  
Vente a mí.  
HUÉSPED: ¡Dios ponga tiento  
en sus manos!  
MANFREDO: ¡Las de amor  
son las que me desatientan!  
HUÉSPED: ¿Qué es lo que entre dientes hablas?  
MANFREDO: ¡Mal tus negocios entablas,  
amor, cuando al fin afrentan!  
Ponte en aquesta postura,  
la rodela junto al pecho,  
y parte con pie derecho.  
¡Extraña desenvoltura  
ha sido la desta loca!  
HUÉSPED: ¿Qué es lo que dices, señor?  
MANFREDO: ¡A qué locura, oh Amor,  
tu locura me provoca!  
No hay piloto tan famoso  
que en tus mares no se ahogue;  
hieres, amor, como azogue  
penetrante y bullicioso.  
HUÉSPED: Cordura será dejarte,  
mejor sazón aguardando:  
que estás del Amor tratando,  
cuando has de tratar de Marte.  
MANFREDO: Mas quizá no será ella.



HUÉSPED: El temor le desatenta.  
MANFREDO: Si él aquesta treta tenta,  
bien sé yo la contra della.  
¡Válate Dios, la mujer,  
cuál me tienes sin porqué!

[Sale] TÁCITO

TÁCITO: Señor huésped, oígame,  
que una merced me ha de hacer,  
y es que me preste su haca  
para ver el desafío  
mañana.

HUÉSPED: A la fe, hijo mío,  
ya no puede andar de flaca.

TÁCITO: No importa: que poco peso  
y no he de estar mucho en ella.

HUÉSPED: Sobre su espinazo está  
subido un palmo de hueso.

TÁCITO: Haréle la silla atrás  
o adelante, si es que importa.

HUÉSPED: ¿No sabéis que es pasicorta,  
y que es rijosa además?

TÁCITO: Yo le tiraré del freno  
y me pondré desviado  
de otras bestias.

HUÉSPED: Hale dado  
torozón de comer feno.

TÁCITO: Tendréla yo sin comer  
dos días, y sanará.

HUÉSPED: Para comer, sana está;  
pero no para correr.

TÁCITO: ¿Yo corrella? ¡Ni por lumbre!

HUÉSPED: Digo que está ciega y manca.

[TÁCITO]: Eso no importa una blanca.

¿No sabe ya mi costumbre?

Que correré sobre un palo,  
sin pies y manos, si quiero.

MANFREDO: ¡Qué gracioso chocarrero!

HUÉSPED: No es el jinete muy malo,  
que no acaba de entender  
que no la quiero prestar.

TÁCITO: ¡Acabara yo de hablar!

MANFREDO: Y vos de importuno ser.

TÁCITO: Pues présteme seis reales  
para alquilar un rocín.

HUÉSPED: ¿Yo prestar? ¡Ni aun un cuatrín!

TÁCITO: ¿Tanto era, pesía mis males?

¿Pedíalo algún chocante  
o algún mozuelo ordinario,  
sino un mero bacalarío,  
diestro músico estudiante?

MANFREDO: Veislos aquí. Andad con Dios,  
que vuestro donaire fuerza  
a que os den más.

TÁCITO: Y esme fuerza,  
señor, llevar otros dos  
para alquilar un pretal  
de cascabeles.

MANFREDO: Tomad.

TÁCITO: Vuestra liberalidad  
es de persona real.

¡Oh, si al pretal se añadieran  
un par de espuelas!

MANFREDO: Compraldas.

HUÉSPED: Pedí un puño de esmeraldas.

TÁCITO: ¿Qué mucho que las pidieran?

Tan aína este señor  
las tuviera aquí a la mano.  
HUÉSPED: Idos en buen hora, hermano.  
TÁCITO: Prospere el cielo tu honor,  
y a tu haca dé salud,  
y a mí gracia de corrella.  
HUÉSPED: ¡No echaréis la pierna en ella,  
por vida de Cafalud!

*Vase TÁCITO*

MANFREDO: Que éste es mi nombre. Camina,  
que me importa quedar solo.  
HUÉSPED: Encubierta trae este Apolo  
su angélica faz divina.

*Vase el HUÉSPED y entra JULIA muy bien adrezada de mujer,  
cubierta con su manto hasta los ojos, y pónese de rodillas ante  
MANFREDO*

JULIA: Si no halla en tu valor  
disculpa mi atrevimiento,  
en las disculpas no siento  
que la puede haber mejor;  
y si no tiembla el rigor  
de tu indignación mi pena,  
acabará esta jornada  
culpada y desesperada,  
como mi suerte lo ordena.  
MANFREDO: Levanta, señora mía,  
que esta tu tamaña culpa  
el deseo la disculpa  
que en tus entrañas se cría:  
que de Amor la tiranía  
a peores cosas fuerza,  
y sé yo por experiencia  
que no hay hacer resistencia  
a los golpes de su fuerza.  
Pues ya Amor me ha descubierto  
tus pasos, tu intento y celo,  
descúbreme tú ese cielo  
que traes con nubes cubierto;  
y si lo ignoras, te advierto  
que son seguras verdades  
las que la experiencia apura:  
que es parte la hermosura  
para mudar voluntades.  
JULIA: Harélo, como es razón;  
mas, ¡ay de mí!, que barrunto  
que ha de llegar en un punto  
mi muerte y tu admiración.  
No te espante esta visión  
ni este nunca visto estilo;  
que el amor que en mí se esmera,  
de Julia la verdadera  
hizo un fingido Camilo.  
MANFREDO: Gran desenvoltura es ésta,  
Camilo, y pensando voy  
por qué te burlas si estoy  
más de luto que de fiesta;  
y es cosa muy descompuesta  
burla de tal proceder  
en tiempo turbado y triste;  
y el que de mujer se viste,  
mucho tiene de mujer.

JULIA: Julia soy la desdichada,  
y, entre mi pena crecida,  
más siento el no ser creída,  
que siento el ser mal pagada.  
Como no repara en nada  
aquel que llaman Amor,  
quiere que sus hechos cante  
Julia vuelta en estudiante,  
que primero fue pastor.

Soy la que vio Rosamira  
en visión ante tus pies;  
soy, señor, la que no es  
en los ojos de tu ira;  
soy la que de sí se admira,  
viendo las muchas mudanzas  
que Amor en sus trajes pone,  
y que en ninguno dispone,  
el fin de sus esperanzas.

MANFREDO: Yo te creo, pues tus ojos  
no pudieran fingir tanto  
que mostrara[n] con su llanto  
entregarme tus despojos.  
Pon ya tregua a tus enojos,  
Julia hermosa, y ven conmigo:  
que quizá en estos rodeos  
descubrirán tus deseos  
que no es Amor tu enemigo.

Servirásme de padrino  
en la batalla que espero:  
que por gentileza quiero  
ponerme en este camino;  
y si el cielo y el destino  
ordenan que yo sea tuyo,  
no por salir a este trance  
se ha de borrar este lance,  
y más si yo no le huyo.

No te arrodilles; levanta,  
que eres mi igual, y aun mejor.

[Vase] MANFREDO

JULIA: De hoy más diré que es, Amor,  
tu rigor blandura santa;  
ya [a] mi pena se adelanta  
libre del mar de mis penas,  
colgar, ¡oh Amor!, las cadenas,  
en los muros de tu templo.

[Vase] JULIA. *Suenan trompetas tristes: sale el DUQUE de Novara con su acompañamiento y dos JUECES; siéntase en su trono, que ha de estar cubierto de luto, y dice*

DUQUE: Traigan a Rosamira de aquel modo  
que yo tengo ordenado.

UNO: Ya ella viene,  
según lo dice el triste son que suena.

*Salen PORCIA cubierta con el manto que le dio el carcelero, acompañada de la misma manera que dijo, con la mitad del acompañamiento enlutado y la otra mitad de fiesta; el verdugo al lado izquierdo, desenvainado el cuchillo, y al siniestro, el niño con la corona de laurel; los atambores delante sonando triste y ronco, la mitad de la caja de verde y la otra mitad de negro, que será un extraño espectáculo. Siéntase PORCIA, cubierta, en un asiento alto que ha de estar a un lado del teatro, desviado del de su padre; [salen] así mismo DAGOBERTO*

y ROSAMIRA, como peregrinos embozados, [y TÁCITO]

DUQUE: ¿Cómo no viene Dagoberto? ¿Espera  
que se le pase el día, pues ya es hora?  
Juez Sin duda debe ser éste que viene:  
que el actor es costumbre se presente  
antes que el reo en la estacada.

DUQUE: Es claro.

[Salen] ANASTASIO, y Cornelio por padrino, y ANASTASIO viene cubierto el  
rostro con un tafetán; viene con sus atambores; serán los mismos que  
trujeron a PORCIA

ANASTASIO: ¿No es éste Dagoberto?  
Ni aun quisiera  
serlo por la mitad de todo el mundo.  
DUQUE: ¿Pues quién sois?  
ANASTASIO: Su enemigo, sólo en cuanto  
lo es de la duquesa Rosamira,  
cuya defensa tomo yo a mi cargo.  
DUQUE: Yo os lo agradezco.  
JUEZ: Dagoberto tarda.  
DUQUE: Cajas oigo sonar; él es, sin duda.

[Sale] MANFREDO con un tafetán por el rostro; trae a JULIA  
por padrino, que asimismo viene embozada

JUEZ: Tampoco es éste Dagoberto.  
DUQUE: El talle  
no nos dice que es él.  
JUEZ: Sin duda, pienso  
que ha de tener de sobra defensores  
la duquesa.  
DUQUE: Sepamos quién es éste.  
JUEZ: ¿Quién sois o a qué venís, buen caballero?  
MANFREDO: El saber quién yo sea, importa poco;  
saber a lo que vengo, sí que importa:  
a defender a la duquesa vengo.  
DAGOBERTO: ¿Quién serán estos dos?  
ROSAMIRA: No los conozco  
ni sé quién puedan ser.  
ANASTASIO: A mí me toca  
por derecho y razón esa defensa,  
pues fui el primero que llegué a este punto.  
TÁCITO: Razón tiene el primero, o yo sé poco  
desto de desafíos y estacadas.  
JUEZ: A la duquesa toca el declararse  
cuál quiere de los dos que la defienda.  
DUQUE: Eso es razón.  
ANASTASIO: Y yo por tal la tengo.  
MANFREDO: Y yo también: que no me queda cosa  
por saber de las leyes de la guerra.  
DUQUE: Pregúntenselo, pues, y vea[n] qué dice  
mi hija. ¡Oh nombre dulce, cuando el cielo  
quiso que sin escrúpulo llegase  
a mis oídos!  
JUEZ: Id vos, y sabeldo.  
UNO: El duque, mi señor, dice, señora,  
que estos caballeros han venido  
a ser tus defensores, y que escojas  
cuál quieres de los dos que te defienda.  
PORCIA: En Dios y en el primero deposito  
mi agravio, mi inocencia y esperanza.  
DAGOBERTO: ¿Labradora es ésta? Mejor me ayude

el cielo que la crea. Ya se tarda  
mi criado.

ROSAMIRA: Confusa estoy, amigo.  
No sé en qué ha de parar tan grande enredo.

JUEZ: Bien se oyó lo que dijo; a vos os toca,  
señor, su defensa.

MANFREDO: Tener paciencia  
es lo que más importa en este caso;  
basta que se ha mostrado al descubierto  
mi voluntad.

DUQUE: El cielo así os lo pague  
como yo os lo agradezco.

JUEZ: No hay disculpa  
que pueda disculpar ya la tardanza  
de Dagoberto.

DUQUE: ¡Mas, que nunca venga!  
TÁCITO: Ciégale, San Antón; quémale un brazo;  
destróncale un tobillo; nunca acierte  
a venir a este sitio; salga en palmas  
nuestra buena duquesa, que es un ángel,  
una paloma duenda, una cordera,  
que no tiene más hiel que cuatro toros.

*[Sale] un CORREO con una carta*

CORREO: Es de tanta importancia este despacho  
que traigo, ¡oh buen señor!, que me es forzoso  
dártelo aquí; que así me lo mandaron,  
porque es de Dagoberto, y que te importa.

DUQUE: ¿De Dagoberto? Muestra cómo es esto.  
¿Cómo toma la pluma por la espada?  
¿Tiempo es éste de cartas?

CORREO: No sé nada:  
ello dirá.

JUEZ: Vuestra excelencia vea  
lo que la carta dice.

DUQUE: Así lo hago.

DAGOBERTO: Parece que se turba el duque.

ROSAMIRA: ¡Ay triste!  
¿Cuánto mejor nos fuera habernos ido  
y esperar desde lejos el suceso  
de este tan grande enredo y desventura!  
¿Temblando estoy!

TÁCITO: ¿Carticas a tal tiempo?  
Apostaré que no llega esta danza  
a hacer con las cindojas el tretoque.

DUQUE: ¿Hay cosa igual? Leed aquesa carta  
en alta voz, que es bien que la oigan todos.

*Después de haber leído el DUQUE la carta, se la da al  
JUEZ, que la lee en alta voz*

#### Carta

*La presta resolución que tomaste de entregar a Manfredo por esposa  
a tu hija Rosamira me forzó a usar de la industria de acusalla, por  
evitar por entonces el peligro de perdella. La mejor señal que te  
podré dar de que es buena es el haberla yo escogido por mi legítima  
mujer. Considera, señor, antes que del todo me culpes, que soy tan  
bueno como Manfredo, y que tu hija escogió lo que quizá tú no le  
diéras casándola contra su voluntad. Si con ella usare[s] término de  
piadoso padre, usaré yo contigo el de obediente hijo; aunque, de  
cualquier manera que me trates lo habré de ser hasta la muerte.*

*Tu hijo Dagoberto.*

ANASTASIO:                               ¿Hase visto maldad tan insolente?  
A no estar seguro deste hecho,  
¿saliera Dagoberto fácilmente  
con el embuste que forjó en su pecho?

DUQUE:                                   Si esto permite el cielo y lo consiente,  
¿qué puedo yo hacer? Ello está hecho;  
gócela en paz.

ANASTASIO:                               Aqueso es sin justicia  
y contra todo estilo de milicia.  
Según tu bando, mía es Rosamira:  
porque tú prometiste de entregalla  
por legítima esposa al que la mira  
pusiese en defendella y libertalla.  
Lo que el de Utrino dice es gran mentira,  
y podrá la experiencia averigualla;  
luego en este momento yo he vencido,  
pues mi contrario al puesto no ha venido,  
y la excusa que da no es de importancia,  
porque es todo al revés de lo que cuenta.

MANFREDO:                               Venciste; pero mía es tu ganancia,  
si aquí al buen proceder se tiene cuenta.  
Si de otro es Rosamira, es ignorancia  
pensar que ha de ser tuya.

ANASTASIO:                               ¡No consienta  
el Cielo que mi esposa de otro sea!

MANFREDO:                               Esta verdad haré que aquí se vea.

ANASTASIO:                               ¿En qué la fundas?

MANFREDO:                               En que soy Manfredo,  
de Rosamira, por concierto, esposo.  
Que la has librado tú, yo lo concedo,  
no más de porque yo fui perezoso.  
Por cuatro pasos, bien decirlo puedo,  
que llevaste a los míos, fin dichoso  
has alcanzado en la dudosa empresa;  
mas no por esto es tuya la duquesa;  
que la razón que así te da el derecho,  
por primer defensor que llegó al puesto,  
la turba, según siento, estar ya hecho  
conmigo el casamiento antes de aquesto.

PORCIA:                                   ¡Saltando el corazón me está en el pecho!

JULIA:                                    ¡Válame Dios! ¿En qué ha de parar esto?

ROSAMIRA:                               ¿Adónde vas?

DAGOBERTO:                               Sosiégate.

ROSAMIRA:                               Recelo...

DUQUE:                                    ¿Ha visto caso semejante el suelo?

ANASTASIO:                               Quedaos, amor, un poco aquí arrimado;  
venid en su lugar, honra, conmigo.  
Oye, Manfredo, güéspedes mal mirado,  
ladrón de paz y engañador amigo:  
¿dó están las ricas prendas que has robado?  
¿Por qué tan sin porqué, como enemigo,  
usando en la amistad tan mal decoro,  
a mi padre robaste su tesoro?

MANFREDO:                               ¿Quién eres?

ANASTASIO:                               Anastasio, el heredero  
de Dorlán, y de Julia único hermano,  
de Porcia primo, por las cuales quiero  
probar que eres ladrón torpe y villano.

MANFREDO:                               Si como eres valiente caballero  
fueras más atentado, claro y llano,  
vieras que esas razones afrentosas  
se fundan en quimeras fabulosas.  
Yo no robé a tu hermana ni a tu prima;  
mas de alguna sabrás, como tú hagas  
que a la quistión primera se dé cima,  
con que tu gusto al mío satisfagas.

DAGOBERTO:                               La honra de mi hermana me lastima.

ROSAMIRA:                               ¿Dónde vas, Dagoberto? No deshagas  
el buen principio que la suerte muestra

de dar buen fin a la desdicha nuestra.

DAGOBERTO: Sabe que soy Dagoberto,  
Manfredo, y sabe que soy  
aquél que agraviado estoy  
de tu infame desconcierto.  
¡Dame a mi hermana, traidor,  
de fe falsa y alevosa!

MANFREDO: Restituye tú a mi esposa  
antes el robado honor.  
No te desmiento, porque  
de aquí a bien poco verás  
en el engaño en que estás  
y la bondad de mi fe.

ANASTASIO: Primo mas quédese aparte  
el parentesco hasta ver  
si del justo proceder  
os dio el cielo alguna parte,  
¿vos decís que es vuestra esposa  
Rosamira?

DAGOBERTO: Y es verdad.  
ANASTASIO: ¿Tenéis otra claridad  
de este hecho no dudosa,  
como es el decirlo vos?

DAGOBERTO: ¿Bastará que yo lo diga?  
ANASTASIO: ¿Quién duda?  
DAGOBERTO: Pues no se diga  
más contienda entre los dos  
ni entre los tres, que yo haré  
que ella lo declare al punto.

DUQUE: El bien me ha venido junto  
cuando menos lo pensé.  
Escoja mi hija, y haga  
su gusto: que todos tres  
son iguales.

JUEZ: Así es.  
MANFREDO: Bien cierta tengo la paga,  
pues tan de su voluntad  
se entregaba por mi esposa.

ANASTASIO: No está mi suerte dudosa,  
si es que es firme la verdad.

DAGOBERTO: ¡Qué engañados quedarán  
los dos en este suceso!

JULIA: Cerrado está ya el proceso;  
mirad qué sentencia os dan,  
corazón. ¡Ay de mí, triste,  
que el miedo crece, y desmengua  
la esperanza! Callad, lengua,  
que mal tal, mal se resiste.

PORCIA: (¿Si es tiempo de descubrir [Aparte]  
la verdad de mi mentira?)

MANFREDO: Señor, manda a Rosamira  
diga a quién quiere admitir.

DUQUE: Dígallo en buen hora.

PORCIA: Digo  
que es Anastasio mi esposo.

JULIA: ¡Alentad, pecho amoroso!  
ROSAMIRA: Lo que tú dices desdigo:  
que Dagoberto es mi bien.

ANASTASIO: Y vos, señora, mi gloria.  
MANFREDO: Tragedia ha sido mi historia.  
JULIA: Aún quedan glorias que os den.  
¿Tuya no soy, pena vuestra?

*Tome la mano ROSAMIRA a DAGOBERTO y ANASTASIO a PORCIA,  
y a este instante se declaren entrambas*

TÁCITO:                   ¿De qué Anastasio se admira?  
JULIA:                    Aquélla no es Rosamira.  
ANASTASIO:               ¡Ay suerte airada y siniestra!  
                              ¿Quién eres?  
PORCIA:                    Soy la que quiso  
                              el Cielo, en todo piadoso,  
                              sacarla de un riguroso  
                              infierno a tu paraíso.  
                              Soy la que, en traje mudado,  
                              trayendo amor en el pecho,  
                              procurando tu provecho  
                              he mi gusto procurado.  
                              Soy áquella a quien tú diste  
                              de esposa la fe y la mano.  
                              Soy quien tiene amor ufano  
                              por ver que no se resiste.  
                              Soy de Dagoberto hermana  
                              y soy tu prima, y soy quien,  
                              cuando me falte tu bien  
                              no soy más que sombra vana.

ANASTASIO:               ¿Dónde está Julia?  
PORCIA:                    Señor,  
                              yo sé que la verás presto.  
JULIA:                    ¿Podré esperar, según esto,  
                              blandura de tu rigor?  
                              Mira con qué mansedumbre  
                              Anastasio a Porcia mira;  
                              mira que es de Rosamira  
                              ya Dagoberto su lumbre;  
                              mira que yo sola quedo  
                              en los brazos de la muerte,  
                              si tu clemencia no advierte  
                              que soy Julia y tú Manfredo.

MANFREDO:               Levanta, pues que ya el Cielo  
                              tus deseos asegura,  
                              gracias a tu hermosura  
                              y a mi siempre honrado celo.  
                              Anastasio, mira agora  
                              con gusto y admiración  
                              que yo nunca fui ladrón  
                              ni de condición traidora.  
                              Aquésta es Julia, tu hermana,  
                              y ésa, tu prima, cual dice,  
                              con las cuales nunca hice  
                              traición ni fuerza villana.  
                              Ellas te dirán después  
                              del modo que aquí vinieron;  
                              basta que el fin consiguieron,  
                              y es gusto de su interés.  
                              Tu industria y el cielo han hecho  
                              que les seamos esposos;  
                              ellos son lances forzosos;  
                              no hay sino hacerles buen pecho.  
                              Quien se pudiera quejar  
                              de Rosamira era yo;  
                              mas si el Cielo esto ordenó...  
                              Que paciencia y barajar.

ANASTASIO:               ¡Oh hermana mía!  
DAGOBERTO:               ¡Oh mi hermano!  
PORCIA:                    ¡Buenos pasos son aquéstos!  
DAGOBERTO:               Nunca pasos descompuestos  
PORCIA:                    ganaron lo que yo gano.  
ANASTASIO:               Más es tiempo de aliviallas  
                              aquéste, que de reñillas.  
DUQUE:                    Aquéstas son maravillas  
                              dignas solas de admirallas.  
ANASTASIO:               En fin, mi hermana es tu esposa.  
MANFREDO:               Así es.  
ANASTASIO:               Y Porcia es mía,



si no lo impide y desvía  
ser mi prima.

DUQUE:

Fácil cosa  
es haber dispensación  
en caso tan importante.

TÁCITO:

Hoy del campo de Agramante  
he visto la confusión,  
y la paz de Otaviano  
he visto en espacio breve.  
¡No hay camino que amor pruebe,  
difícil, que no sea llano!

DUQUE:

Entremos en la ciudad,  
donde despacio sabremos  
destos no vistos extremos  
toda la puntualidad,  
y allí se harán regocijos  
y desposorios honrosos  
de los seis tan venturosos  
que ya los tengo por hijos.

TÁCITO:

Éstas son, ¡oh Amor!, en fin,  
tus disparates y hazañas;  
y aquí acaban las marañas  
tuyas, que no tienen fin.

## FIN DE LA COMEDIA

---